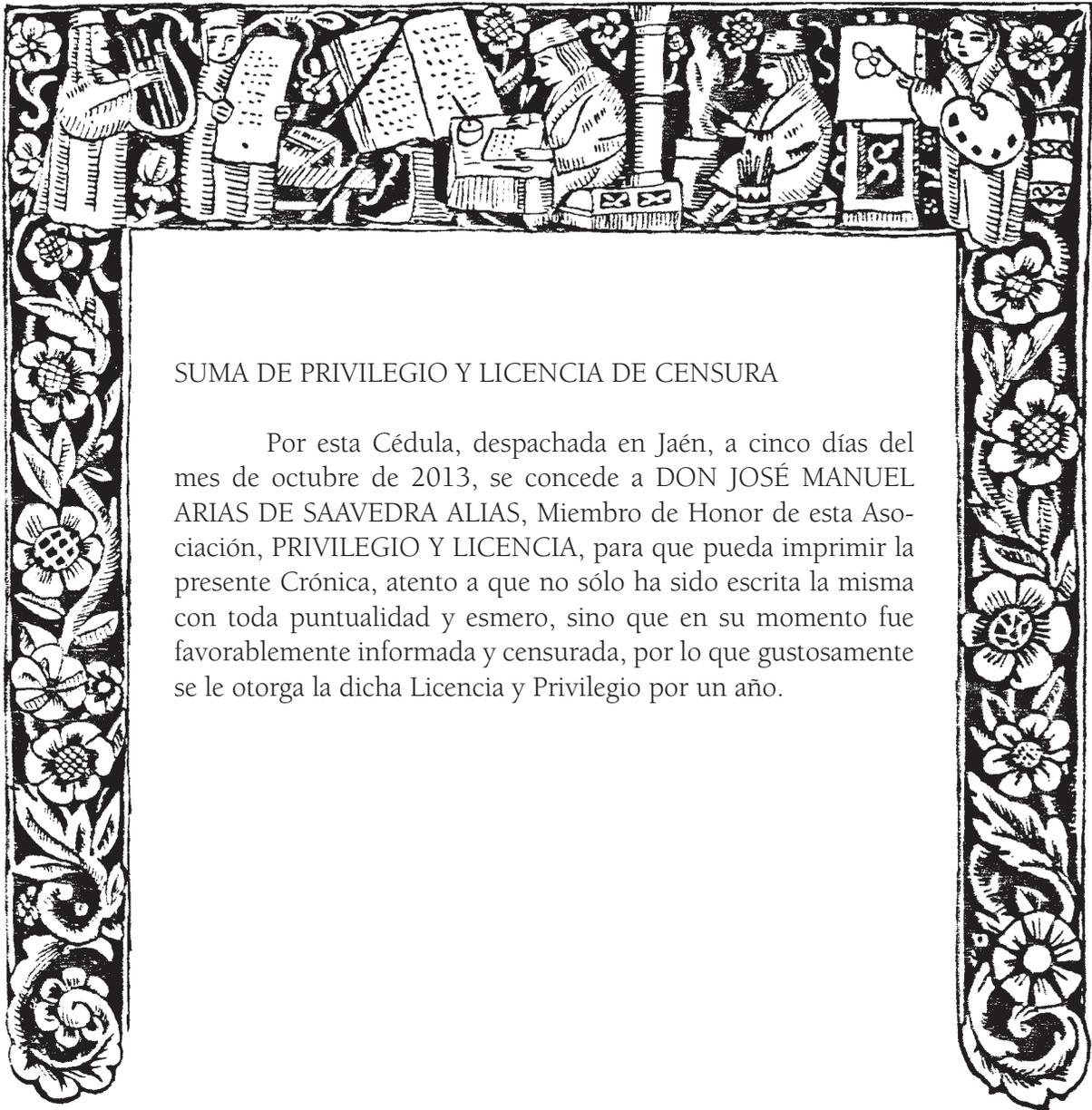




CRÓNICA
DE UNA MUY FAMOSA CENA
QUE LA CONFRATERNIDAD
«AMIGOS DE SAN ANTÓN» CELEBRÓ
EN LA NOCHE DEL DÍA 22 DE NOVIEMBRE
DEL AÑO 2013
EN ESTANCIAS PRINCIPALES DE «JAFARCO»
COOPERATIVA FARMACÉUTICA DE
JAÉN



SUMA DE PRIVILEGIO Y LICENCIA DE CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a cinco días del mes de octubre de 2013, se concede a DON JOSÉ MANUEL ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS, Miembro de Honor de esta Asociación, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente Crónica, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha Licencia y Privilegio por un año.

SUMA DE TASAS

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales de vellón por página, lo que hace un total de.....reales por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la Confraternidad Amigos de San Antón, el día 27 de septiembre del año 2013.



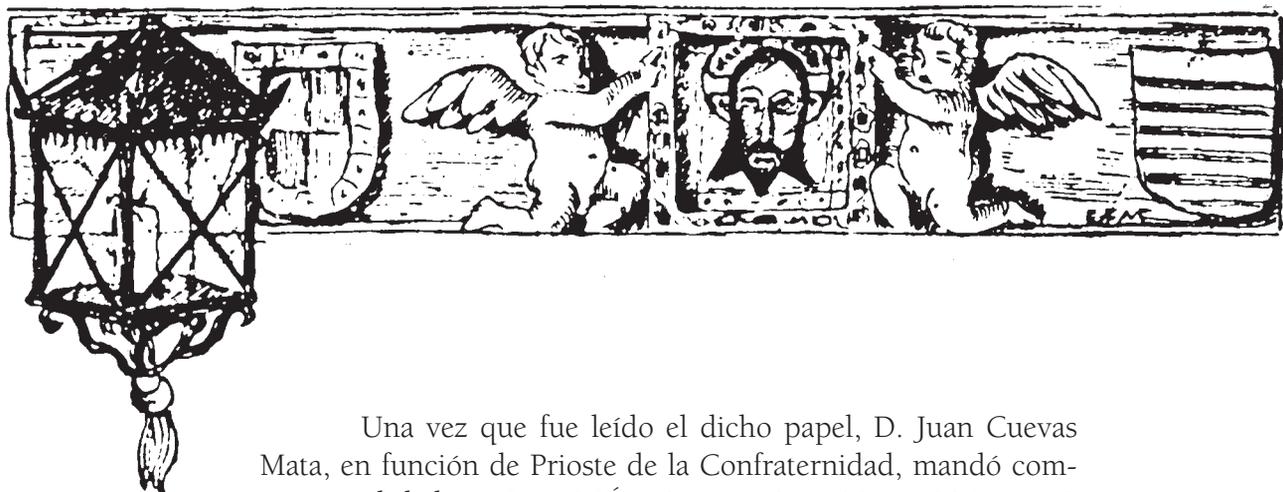
ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día veintidós de Noviembre del año dos mil trece, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunida la dicha Confraternidad, así de Miembros de Honor como de Número, en estancias principales de JAFARCO (Cooperativa Farmacéutica de Jaén), por D. Juan Cuevas Mata, Vicepresidente de la Asociación, se leyó cierto papelillo cuyo contenido es el siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, como la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre, para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día cinco de octubre de 2013, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otras disposiciones y acuerdos, se adoptó el siguiente:

Cuidadosamente vistas y examinadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor DON JOSÉ MANUEL ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS, Miembro de Honor de esta Asociación, con asentimiento unánime se conviene en que se le comuniquen el deseo de que sea el Cronista o Relator del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina del año 2013, que habrá de tener lugar en la noche del día veintidós de Noviembre, que vendrá, debiendo ser esta Crónica, fiel reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, a fin de que por la misma, se deje constancia fidedigna para la posteridad».

Jaén, Octubre de 2013



Una vez que fue leído el dicho papel, D. Juan Cuevas Mata, en función de Prioste de la Confraternidad, mandó comparecer al dicho DON JOSÉ MANUEL ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS, a quien formuló con la debida solemnidad la pregunta siguiente:

— Muy honorable señor DON JOSÉ MANUEL ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida Crónica de todo cuanto viéreis y oyéreis durante el desarrollo de la Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina del año 2013?

A lo que atentamente respondió el ya dicho DON JOSÉ MANUEL ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS:

— Sí, lo soy.

A lo que yo como Prioste en funciones manifiéstele:

— Complacidos agradecemos esta aceptación, encareciéndoos y exhortándoos, a que sin demora ni dilatación alguna os iniciéis en el encargo, entregándoos para ello el correspondiente Recado de Escribir.

Aceptó el dicho DON JOSÉ MANUEL ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS el Recado de Escribir del mejor agrado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los asistentes.

Y por ser de utilidad, yo el Prioste, pongo aquí testimonio de ello para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA

Sentados: Vicente Oya Rodríguez, Pedro Casañas Llagostera, María Jesús Oya Amate y José Manuel Arias de Saavedra Alias.

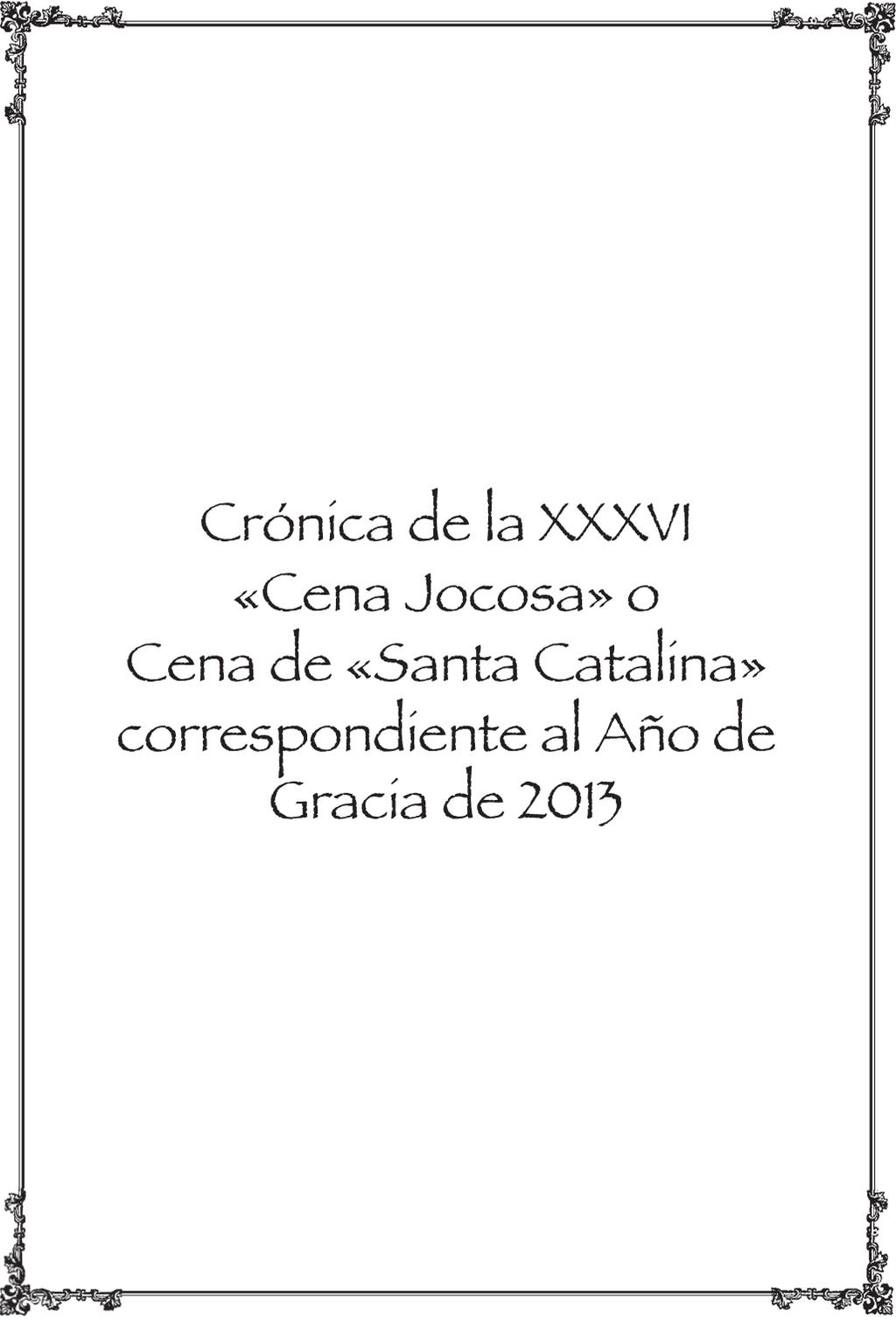
Primera fila en pie: Ángel Aponte Marín, Francisco Cano Ramiro, Juan Antonio López Cordero, José María Pardo Crespo, Manuel Kayser Zapata, María Isabel Sancho Rodríguez y Adelaida García Sánchez.

Fila posterior y siguientes: Arturo Vargas-Machuca Caballero, Juan Pedro Rísquez Madrudejos, Alfonso Parras Martín, Pedro Cruz Casado, José Martínez Castillo, Juan Cuevas Mata, Pedro A. Galera Andreu, Carlos María López-Fe Figueroa, Pilar Sicilia de Miguel, Pedro Alejandro Ruiz Ortiz, María Dulcenombre Jiménez Cavallé, José María Mesbailer, Juan Higuera Maldonado, Manuel López Pérez, Rafael Casuso Quesada, María José Sánchez Lozano, Ángel Viedma Guzmán, Pedro Jiménez Cavallé, Domingo Moreno Medina, Antonio Martos García y José García García.

En la escalera alta: José Casañas Llagostera y Luis Berges Roldán.

Además de Juan Enrique Espinilla Lavín, que fue el que hizo la foto.





Crónica de la XXXVI
«Cena Jocosa» o
Cena de «Santa Catalina»
correspondiente al Año de
Gracia de 2013



uardo muy gratos recuerdos de mi primer contacto con los amigos de San Antón, en concreto con la celebración de la Cena Jocosa del año 2007 en la sede del Ilustre Colegio Oficial de Farmacéuticos de Jaén, en la noche del día 17 de noviembre. Dos cosas me llamaron la atención, sobre todas las demás, de una parte el ambiente de amistad y cariño que reinaba entre todos los asistentes, algunos de ellos desconocidos para mi, aspecto este rápidamente obviado por el Prioste de la Confraternidad quien me fue presentado a todos a medida que llegaban. El otro aspecto llamativo era el cuidado, meticulosidad y orden, tanto material como funcional, con el que se habían dispuesto todos los detalles. Claro que esto no me era del todo sorprendente, pues desde que Pedro Casañas me lanzó la idea de celebrar la cena en el colegio, mantuve con él algunas conversaciones y visitas a la sede en las que pude observar como iba disponiendo todos los pormenores.

Aquella noche, en que me tocaba actuar como anfitrión, preparé unas cuartillas en las que a más de dar la bienvenida a los visitantes apuntaba algunos aspectos de la institución que esa noche nos daba cobijo. Pero también pronto pude observar como al inicio del acto, se procedió a nombrar un relator o cronista que correspondió a Juan Enrique Espinilla Lavín, a quien el Prioste de la Confraternidad, Pedro Casañas Llagostera se dirigió solemnemente inquiriéndole acerca de su aceptación para tal cargo. Luego tras su aceptación y felicitaciones de los presentes, vinieron las bromas y consejos acerca del referido menester. Ni que decir tiene que en ningún momento se me pasó por la imaginación la posibilidad de que unos pocos años después me tocara a mi aceptar el nombramiento de cronista en un acto similar.

Pero no adelantemos acontecimientos. De aquella noche guardo muchos y entrañables recuerdos, de los nuevos amigos que hice, del ambiente agradable en que transcurrió la velada, y de la brillantez, amenidad e ingenio de las distintas intervenciones.

Transcurrieron dos años desde aquella fecha y el destino me hizo que me volviera a encontrar con los Amigos de San Antón en la celebración de la XXXII edición de la Cena Jocosa o de Santa Catalina. Esta vez la cena se celebraba en la sede de la Fundación Santa Capilla de San Andrés, que por enfermedad del Gobernador, Arturo Vargas-Machuca Caballero, tuve que sustituirlo en mi condición de Consiliario Administrador de la institución y vuelta a actuar como anfitrión pronunciando unas palabras de bienvenida a los asistentes. Como ya tenía experiencia previa en esas lides, me resultó mas fácil mi intervención en el acto. No se pasó inadvertido el acto de nombramiento del cronista de la cena que este año correspondió a María Amparo López Arandía, a la que en el momento de finalizar mi intervención, para mostrar mi veteranía, entregué el texto que había leído. Aquella noche aunque en distinto ambiente y con distintas temáticas de los intervinientes, gozó de los mismos atributos de ingenio y brillantez. En el transcurso de la cena, tengo que confesar, pensé en que si me gustaría poder seguir asistiendo a las veladas que se organizaran en los años venideros, por supuesto como sujeto pasivo.

A pesar de vieja y sincera amistad que tengo con Pedro Casañas, al que veo como mínimo todos los domingos en San Andrés, nunca me atreví a pedirle, ni siquiera a insinuarle acerca de mis deseos de pertenecer a la Confraternidad de Amigos de San Antón.

Y transcurrió casi un año más, no recuerdo la fecha si fue a finales de octubre o principios de noviembre, cuando una tarde se presentó en el Colegio de Farmacéuticos Pedro Casañas a verme y a entregarme una carta. Antes de abrirla, sabía se trataba de mi nombramiento como miembro de la Confraternidad y la carta del criado portugués invitándome a la cena. Era el año de 2010 y la cena se celebró en el estudio del insigne pintor Alfonso Parras Vilchez, –que se nos iría después a pintar paisajes desde el cielo–, en el Megatín de Torredelcampo. A mi nombramiento, se unió aquella noche el de José Martínez Castillo, al que pedí interviniera en nombre de los dos, mostrando nuestro agradecimiento por el nombramiento. Es decir en esa cena, estuve totalmente relajado gozando de la compañía y amistad de todos los presentes, sin preocupación personal alguna.

Cuando se aproximaba la celebración de la Cena del año 2011, nuestro Prioste me sugirió la idea de que ese año actuara como cronista. Fue el año de celebración de la cena en la finca la Beata de Valdepeñas de Jaén. No se cual sería el motivo, pero poco tiempo después, y antes del día previsto para la cena, el Prioste me consulta acerca de si me importaría ser sustituido por José Rodríguez Molina como relator. Ni que decir tiene que no mostré ningún inconveniente al respecto, es más le indiqué como estaba seguro iban a salir ganando por el cam-

bio. Efectivamente, cuando en su día leí la crónica de la velada mis augurios se vieron totalmente confirmados.

Transcurrió otro año más, llegamos a las fechas de organización de la XXXV Cena Jocosa y al conocer de la fecha prevista para la misma, le planteo a Pedro Casañas, como este año me va a ser imposible asistir a la misma. El día elegido, 23 de noviembre, coincidía con la víspera de la celebración en el Colegio de Farmacéuticos, de la fiesta de nuestra patrona, la Inmaculada Concepción de la Virgen María, y tenía que atender a algunos invitados que se desplazaban a Jaén, para asistir a la misma. No se si este año Pedro hubiese pensado en mí para encomendarme hacer el relato de la cena, la verdad es que me adelanté a dicha posibilidad, sin otra opción por mi parte y sobre todo con la pena de no poder asistir en esta ocasión a la esperada cita con los Amigos de San Anton.

Y así llegamos a este año de nuestro Señor, de dos mil trece, en el que con bastante antelación el Prioste me planteó, ya si ninguna posibilidad de escapar, que tenía que ocuparme de relatar las vicisitudes de la XXXVI edición de la Cena Jocosa, compromiso que acepté no sin una alta dosis de preocupación.

Y heme hoy aquí, metido a este noble oficio de pregonar o relatar tan importante acontecimiento, aceptando mis limitaciones narradoras, la cortedad de mi lenguaje y sobre todo la concreción de estilo que, como científico he tratado siempre de practicar.

El día fijado, viernes 22 de noviembre, fue un día típico de otoño en Jaén, fresco pero no frío. A la hora previamente fijada en la carta del criado portugués estábamos convocados en la antigua plaza de las Batallas, hoy creo de la Concordia, frente a la Subdelegación del Gobierno, donde un autobús nos recogió para bajarnos al Polígono de los Olivares, a la sede de Jafarco, –Cooperativa Farmacéutica de Jaén– donde iba a tener lugar la XXXVI edición de la Cena Jocosa o de Santa Catalina.

Tras los saludos de rigor entre los miembros de la confraternidad, y tomar acomodo en el autobús, éste partió hacia nuestro destino ascendiendo por el Paseo de la Estación, Plaza de la Constitución, Virgen de la Capilla y Avenida de Madrid, hasta el Polígono de los Olivares. El tranvía de Jaén fue objeto de varios y acertados comentarios mientras circulábamos en sentido paralelo a sus vías.

La sede de Jafarco se encuentra en una amplia parcela que forma esquina entre la Ronda de los Olivares y la calle Baños de la Encina. A través de un jardín-aparcamiento se accede a un amplio hall donde nos esperaban María Jesús Oya Amate, Presidenta de la Cooperativa Farmacéutica y José María Mesbailer, empleado de la entidad, que acudió en representación del Gerente, Antonio Gui-



Instalaciones de la empresa farmacéutica Jafarco en el Polígono de «Los Olivares» de Jaén



Jardines de las instalaciones de la industria farmacéutica

llén Peche, quién a última hora nos había mostrado su imposibilidad de asistir. También se encontraba en el comité de recepción Juan Pedro Rísquez Madrideojos, Secretario del Colegio de Farmacéuticos. Todos ellos nos fueron recibiendo afablemente y ascendiendo por una amplia escalera nos situamos en el hall de la primera planta frente a un amplio ventanal en el que se divisaban las luces de la ciudad de Jaén y sobre el cerro de Santa Catalina las del Castillo.

En ese primer piso del edificio y a través de una galería se observan las instalaciones de Jafarco, del gran almacén de distribución farmacéutica, que garantiza el suministro puntual y diaria a la red de farmacias de nuestra provincia.

Llegado a este punto, me van a permitir me detenga unos momentos a considerar los aspectos esenciales de esta actividad, de la distribución farmacéutica.

La distribución farmacéutica constituye un elemento clave en la cadena del medicamento al asegurar el flujo logístico del mismo, acortando distancias y tiempo de servicio. Junto a esto presta una serie de servicios complementarios como almacenaje, asesoramiento, formación continuada o equipamiento, que aportan un valor añadido a todo el sector farmacéutico.

La importancia de la distribución farmacéutica radica en que realiza su actividad en un sector muy importante desde el punto de vista económico y social, el sector farmacéutico. Dicho sector se caracteriza por tratar con un bien fundamental, la salud pública, incide de forma directa sobre el gasto público, ya que un alto porcentaje de los medicamentos consumidos son financiados, en parte por la Seguridad Social.

El distribuidor mayorista es un intermediario entre productor y minorista, y se encarga de hacer efectivo el flujo logístico de medicamentos y productos sanitarios a las Oficinas de Farmacia y a los Servicios Farmacéuticos Hospitalarios.

El canal mayorista mueve en España el 77% del mercado del medicamento, el 23% restante se focaliza en la distribución directa por parte de la Industria Farmacéutica, cuenta con 54 entidades mayoristas, muy focalizadas a nivel regional, de las cuales 30 son Cooperativas Farmacéuticas, que cuentan con una cuota de mercado del 75,8%, siendo el nuestro, el primer país de Europa que posee tan elevada cuota de distribución en manos de los propios farmacéuticos.

La Industria Farmacéutica constituye el segmento responsable de investigar, desarrollar y producir medicamentos y otros productos sanitarios para el tratamiento y prevención de las enfermedades. El mercado del medicamento en España es un sector cien por cien privado y está muy concentrado, como se



Vistas de las instalaciones desde el interior del primer piso del edificio

refleja en el hecho de que los cinco primeros laboratorios del mercado español poseen el 25% de la cuota de mercado. Actualmente en España existen en torno a cuatrocientas compañías farmacéuticas con producción, de las cuales el 90% se concentran en Cataluña y Madrid.

Las Oficinas de Farmacia son los únicos establecimientos de dispensación autorizados para la comercialización de los productos farmacéuticos. Los farmacéuticos pueden actuar como clientes y como propietarios de la distribución farmacéutica.

En España las Farmacias tienen la consideración legal de establecimientos sanitarios privados de interés público, sometidos a una importante regulación estatal y autonómica para su apertura, traspaso y funcionamiento. España es uno de los países de la Unión Europea con una mayor capilaridad de oficinas de farmacia (21.166, de las que un 22% están situadas en áreas rurales de menos de cinco mil habitantes). Además, es el cuarto país con menor ratio de habitantes por farmacia, con una media de 2.192 habitantes y 2 farmacéuticos por farmacia. El 99% de la población española cuenta con una farmacia a menos de 500 metros de su domicilio.

Desde las Oficinas de Farmacia se realizan 137.000 pedidos diarios. La Distribución Farmacéutica mueve alrededor de 28.500 referencias con una frecuencia media de tres repartos diarios.

La importancia de la distribución farmacéutica se pone de manifiesto si consideramos las ventajas que aporta a los agentes clave del sector farmacéutico. Así, para los laboratorios el ahorro en la necesidad de mantener almacenes suficientes para cubrir todo el área en la que sus productos están presentes y el aprovechamiento de toda la red de distribución implantada para la colocación de sus productos.

A las oficinas de farmacia, les posibilita disponer en periodos de dos o tres horas de cualquier medicamento, sin necesidad de hacer frente a unos elevados costos de stock e independientemente del lugar en que se encuentre la farmacia, garantizando el abastecimiento permanente. Les proporciona buenas condiciones comerciales, permitiendo el pago aplazado, suavizando el coste financiero que para las farmacias supone el suministro de medicamentos a la Seguridad Social. Las Farmacias obtiene también, de la distribución farmacéutica, otros servicios complementarios como herramientas de gestión de stock, soporte comercial, formación, etc.

Las ventajas sanitarias de la distribución farmacéutica se pueden concretar en la correcta información sanitaria sobre los fármacos, la certeza de que todos

los medicamentos autorizados en España están a disposición de las farmacias y por tanto de los ciudadanos, la garantía de autenticidad de los productos que adquiere y suministra, seguimiento de los lotes puestos en el mercado, control del tráfico de sustancias y productos sometidos a medidas especiales de control, la ayuda a la difusión de alertas sanitarias y garantizar la calidad farmacéutica, al asegurar que el producto puesto en el mercado mantiene las características certificadas por el fabricante y que determinan su uso seguro y eficaz.

A la sociedad en general, la distribución farmacéutica aporta unos 8.000 empleos directos, a los que hay que añadir los empleos indirectos generados, que se estiman en otros 7.000, realiza inversiones en la mejora del sistema sanitario: nuevas tecnologías, formación profesional y empresarial al farmacéutico, patrocinio de diversas actividades sanitaria, culturales y sociales.

La distribución farmacéutica ofrece una amplia cartera de servicios con un valor añadido que se materializa en un beneficio, económico y sanitario. Uno de los principales servicios prestados es lo que se refiere al almacenamiento y logística de los productos farmacéuticos, así ofrece un suministro eficiente, a través de diversos servicios como: control del estado de los pedidos con capilaridad total mediante una red de transporte perfectamente organizada, la puesta a disposición de cualquier producto en un periodo de dos a tres horas, y la optimización de la gestión de la distribución mediante la creación de centrales de compra que permiten reducir el coste de los productos adquiridos.

Los servicios de almacenaje por parte de la distribución farmacéutica no se refieren sólo al producto terminado sino también al material promocional que utilizan los comerciales de los Laboratorios en visitas, ferias o cursos. Este servicio hace que tanto los laboratorios como las oficinas de farmacia puedan minimizar sus costes de almacenamiento, además de garantizar el acceso a un número de almacenes suficientes para cubrir toda el área en que los productos están presentes.

La distribución farmacéutica aporta servicios de valor añadido a la industria farmacéutica, resolviendo todas aquellas actividades que se alejan del principal objetivo de la industria, es decir todo aquello que no sea la investigación y desarrollo de medicamentos. Entre las soluciones que ofrece podemos considerar las siguientes: operador o plataforma logística, apoyo en marketing y ventas, logística inversa, servicios de devoluciones y estadísticas de consumo.

La distribución farmacéutica ofrece una amplia gama de servicios a las oficinas de farmacia, cumpliendo con las exigencias de funcionamiento detalladas en el artículo 70 de la Ley 29/2006 de Garantías y Uso Racional del Medica-

mento, permitiendo así que estas se adapten a las crecientes necesidades de los pacientes y contribuyendo a que sean más competitivas. Entre estos servicios cabe considerar: asesoramiento al farmacéutico, servicio de consulta y respuesta automática, formación continua al farmacéutico, servicios de gestión de sistemas de información, servicios de producto, servicios financieros y de seguros y, por último, facilidades para conseguir equipamiento.

Y aquí amigos, concluyo este preámbulo Cooperativo-Farmacéutico, que, por el lugar en que nos encontramos, he estimado conveniente incluir.



Ahora continuando con el relato de nuestra reunión, una vez desprovistos de nuestras prendas de abrigo, eran aproximadamente las ocho de la noche, comenzamos con nuestra celebración, servida como ya es tradición por el Catering La Toja, tomando el tentempié de recepción, organizándose los animados corrillos de participantes, que en grata conversación fuimos dando cuenta de los aperitivos preparados al respecto.

El murmullo reinante en la sala se vio pronto interrumpido por la campanilla de nuestro Prioste, que a más de imponer el necesario silencio daba paso a las palabras del Vicepresidente de la Asociación Cultural Amigos de San Anton, Juan Cuevas Mata, quien dijo:

Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada el día 20 de octubre del año 2013, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, entre otras disposiciones adoptose el siguiente acuerdo:

«Vistas y detenidamente examinadas las circunstancias que concurren en el Sr. D. José Manuel Arias de Saavedra Alías, Miembro de esta Asociación, se conviene con unánime asentimiento en que se le comunique el deseo de que sea el Cronista o relator del desarrollo y pormenores, de la Cena Jocosa o de Santa Catalina del año 2013, debiendo ser la crónica que redacte, fiel y exacto reflejo de todo cuando en ella aconteciere, a fin de que por la misma se deje constancia fidedigna para la posteridad.

Cumpliendo con el tenor de dicho auto y poniendo en ejecución el tal acuerdo, por el mismo interpelamos:

— *Muy honorable Sr. D. José Manuel Arias de Saavedra Alías, ¿sois conforme en aceptar el encargo de redactar fiel y cumplida Crónica, de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis durante el desarrollo de esta velada, Cena Jocosa del año 2013?*

Si, acepto

— *El pleno de la confraternidad se muestra sumamente complacido con esta aceptación, exhortandoos a que realicéis el encargo, con arreglo a vuestro reconocido buen saber y entender al afecto y cariño que profesáis a los fines de la Asociación.*

— *Para ello, os entregamos el correspondiente recado de escribir, para que sin demora ni dilación alguna os iniciéis en el encargo.*

— *Recibid con el, las noragüenas y parabienes de todos los aquí presentes.*



Momento en que José Manuel Arias de Saavedra Alías recoge de manos de Juan Cuevas Mata, el recado de escribir

Recogí no sin cierta preocupación los útiles de escribir, las felicitaciones, bromas y consejos de los presentes, a los que agradecí sus buenas intenciones, pero sobre todo la ayuda que solicité a todos los que yo sabía me habían precedido en el oficio.



Adelaida García, Luis Berges, M.^a Dulcenombre Jiménez y José Manuel Arias



Pilar Sicilia, Adelaida García, M.^a José Sánchez, M.^a Jesús Oya, M.^a Isabel Sancho y M.^a Dulcenombre Jiménez



Carlos María López-Fe, M.^a José Sánchez y M.^a Isabel Sancho



M.^a Dulcenombre Jiménez, Pedro Casañas y Adelaida García



Arturo Vargas-Machuca, M.^a Dulcenombre Jiménez, Pedro Jiménez, Vicente Oya y Adelaida García



José García, Pedro Cruz y José María Masveiler

Volvimos a las conversaciones y corrillos, a las tapas, la cerveza y la manzanilla, hasta que volvió a sonar la campanilla del Prioste, quien dijo:

Amigas y amigos: buenas noches a todos y sed bienvenidos a esta nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina, que a través de su perseverante devenir, está iniciando hoy su treinta y seis edición.

Tenemos el honor y la gran satisfacción, de hacerlo en esta ocasión, en la sede de JAFARCO, ejemplar y modélica empresa Cooperativa Farmacéutica de Jaén, gracias a la generosa dejación y bondadoso gesto de su Junta de Gobierno, presidida por doña María Jesús Oya Amate, que con tanta amabilidad y cordial atención, a accedido a ello. Vayan para ella y su Junta, estas nuestras primeras palabras, repletas de la más rendida gratitud por este amable y dadivoso rasgo que nunca olvidaremos.



La Asociación Amigos de San Antón, en su firme y tesonero empeño de supervivencia, con frecuencia duro por las dificultades económicas, continúa en su ilusionado afán de no decaer, al menos, en aquellas actuaciones que buenamente puede ir llevando a buen fin, como es el caso de estos queridos y entrañables encuentros, que en el amor a Jaén anualmente nos unen, tras esa esperada llamada que tan cortésmente nos hace el Criado Portugués a través de su particular carta de aviso y recordación.

Como por desgracia, que de vez en vez ocurre, hemos de lamentar la falta de un querido amigo. En el mes de febrero pasado, se nos fue Alfonso Parras Vílchez. Pérdida para todos sentida, pero que para quien estas palabras pronuncia, muy particularmente llenas de sentimiento. Nunca olvido y creo que lo he referido ya alguna vez, aquellas palabras que con frecuencia decía: «los mejores amigos que he tenido en la vida son Miguelito Calvo y Pedro Casañas». Para él y para cuantos Amigos de San Antón que en este final le precedieron, nuestro más sentido, querido y entrañable recuerdo.

Por otra parte sin embargo, hoy tenemos una doble satisfacción al recibir en la Confraternidad a dos nuevos miembros, y en este caso y por vez primera, dos mujeres. Dos mujeres notables y queridas, muy impregnadas en temas diferentes, pero de muy profundo calado y sabor giennense. Son María Dulcenombre

Jiménez Cavallé y Adelaida García Sánchez, de cuyas vidas, obras y milagros, si los hubiere ¿Por qué no?, hará presentación, en su momento, nuestro bien y querido amigo Ángel Viedma Guzmán.

Por las más diversas y variadas circunstancias, nunca se completa plenamente la Cena con la asistencia de todos los miembros de la Asociación y sería bueno que de vez en cuando se hiciese realidad esta unánime presencia.

Hoy concretamente, lamentamos las muy justificadas ausencias de María Amparo López Arandia, María Soledad Lázaro Damas, Luis Coronas Tejada, Ignacio Ahumada Lara, Julio Puga Romero, José Rodríguez Molina, Rufino Almansa Tallante y Juan Eslava Galán.

Y no quisiera acabar con estas primeras palabras de la noche, sin hacer referencia a nuestra querida SENDA DE LOS HUERTOS, Revista Cultural de la Provincia de Jaén, que se encuentra anclada en ese dique económicamente seco. Yo hablo y comento sobre esta situación, pero mi voz, hasta el momento, no tiene eco y se pierde en ese desierto de «las circunstancias actuales».

Y nada más amigos. Con el ferviente deseo de que el devenir de esta velada quede en el buen recuerdo de todos, bueno es que «piquemos» y bebamos de las ricas viandas que nos ha preparado el querido amigo José María Rodríguez, a través de su complejo «La Toja».

Gracias por vuestra atención y vamos a ello.



Después de una breve pausa, en la que se hacía alusión a la triste situación en que se encuentra nuestra querida SENDA DE LOS HUERTOS y tomar alguna que otra Cruz Campo, correspondió la anfitriona María Jesús Oya Amate que, donosa y cariñosamente se expresó así



Complacida y honrada, y con mi sincera gratitud, en nombre propio y de JAFARCO, Cooperativa Farmacéutica de Jaén, que presido, tengo a bien en recibir, en nuestra sede, a vuestra Confraternidad de Amigos de San Antón, con su prioste al frente, Pedro Casañas Llagostera, que, con muchos y sobrados motivos, desde hace ya más de cincuenta años, se ha ganado el título de Amigos de Jaén.

Esta Cena Jocosa de 2013 es, ciertamente, como un gozoso reencuentro entre los Amigos de San Antón y los Farmacéuticos de Jaén. Porque ya, en 2007, nuestro Colegio Oficial de Farmacéuticos celebró en su sede ésta misma y ya entrañable cena, con nuestro Presidente, el querido amigo José Manuel Arias de Saavedra Alías también amigo de San Antón, y nuestro secretario del Colegio, estimado compañero Juan Pedro Rísquez Madrideojos.

No puede estar presente en aquella ocasión, como vicepresidenta del Colegio, que soy. Mucho lo sentí.

Más aún cuando me hablaron de lo bien y de lo entrañable que fue aquella cena que constituyó, como siempre, una exaltación de nuestros temas de Jaén y particularmente de la profesión farmacéutica.

Lo he podido comprobar a través de la crónica que de la misma hizo Juan Enrique Espinilla Lavín.

Figuraos con que alegría os recibimos esta noche en JAFARCO, en nombre de su Consejo Rector.

Os doy la bienvenida a JAFARCO. Os doy las gracias por haber elegido esta institución para esta Cena que ya supera con creces la treintena. Os diré brevemente quienes somos.

En 1948, hace ya 65 años, un reducido grupo de farmacéuticos, preocupados por la situación injusta que soportaba la mayoría de las farmacias por los distribuidores de la época, decidió crear nuestra Cooperativa.

En 1949, inició su andadura en unas modestas instalaciones de la calle Mesa. Luego tuvo su sede, desde 1955, en Muñoz Garnica. En 1970 se trasladó a la calle Millán de Priego, número 4, a un edificio de 1.500 metros cuadrados y lo que parecía grande para entonces pronto se quedó pequeño, siendo necesaria la adquisición de unos magníficos solares en el Polígono de los Olivares donde se construyó este edificio, donde nos encontramos y que fue inaugurado en el año 1999.

JAFARCO es hoy una de las empresas más importantes de la provincia que da servicio a 330 asociados de Jaén contando con farmacias asociadas de las provincias de Granada, Córdoba, Málaga, Ciudad Real e incluso en Madrid.

La Cooperativa emplea a 65 trabajadores directos y 15 indirectos. Nuestras instalaciones son excelentes, con un almacén de 8.300 metros cuadrados. Cuenta con los sistemas más modernos de robótica y automatización.

JAFARCO mantiene su compromiso de cooperativa solidaria con sus socios. Llegamos hasta el último rincón de la provincia con el mismo coste en el ser-

vicio para nuestros asociados sin distinciones de ninguna clase. Nuestra Cooperativa es cercana, siempre con dinámico afán de servicio, procurando que el medicamento llegue a su tiempo y con las condiciones óptimas al servicio de la salud pública.

Llegado a este punto quiero tener un recuerdo, lleno de afecto, para los Consejos Rectores que se han sucedido, a lo largo de nuestra historia, que personifico en los ilustres farmacéuticos que me han precedido en la Presidencia del Consejo Rector, Lucas Guillén Briones, José Rodríguez Caro y Ramón de Villegas Villar. Soy la primera mujer que preside JAFARCO.

Miro hacia atrás y veo con satisfacción como poco a poco se han conseguido muchos objetivos. Y esto me hace mirar hacia el futuro, con muchas ilusiones y esperanzas, en un servicio a la salud pública, desde nuestra Cooperativa, desde luego, con la confianza y cooperación del Consejo Rector, socios y personal.

Conozco y admiro a la Confraternidad de Amigos de San Antón, y al ofreceros estas instalaciones, para esta Cena Jocosa de 2013, por Santa Catalina, quiero deciros que reconozco vuestra gran labor cultural, a través de medio siglo.

Entre vosotros me alegra que esté mi tío Vicente, y todos los que estais sin excepción. Se que procedéis de distintas profesiones, pero que os une, cada vez con mayor fuerza, un amor grande por Jaén. Lo teneis demostrado, con vuestras trayectorias, a través de vuestras actividades particulares y, sobre todo, con vuestros trabajos de investigación, estudio y divulgación de la geografía, la historia, el arte, las costumbres y las tradiciones de nuestra tierra.

Está aquí, entre nosotros, el doctor Pedro Antonio Galera Andreu, catedrático de nuestra Universidad, que ha sido precisamente, presidente del Tribunal, que aprobó, con generosidad, en julio de 2012, una modesta tesina que tuve el honor de presentar sobre: «La Botica del Monasterio del Escorial», trabajo éste del que guardo grata memoria. No podía dejar esta oportunidad para expresarle mi gratitud por sus consejos para aquel trabajo.

Mi gratitud sincera, emocionada, para el prioste, Pedro Casañas, por sus palabras, y porque, cuando me propuso esta cena en JAFARCO me dio una gran alegría, que hoy se ha consumado, tras la hermosa invitación que nos hizo llegar a nuestras casas el fiel cumplidor, de nuestro Señor don Lope de Sosa, el entrañable Criado Portugués, que también es criado jaenero, para todos los recados llenos de cordialidad.

Finalmente, desde mi perspectiva profesional, de farmacéutica, quiero deciros a vosotros y a vosotras, amigos de San Antón, verdaderos amigos de Jaén, que

sois, en nuestra sociedad de hoy, la mejor medicina para curar las penas de esta sociedad nuestra enferma y herida, que arrastra tantos problemas económicos, sociales y culturales, muchas veces en medio de un ambiente de enconos y discordias.

Al contemplar la ejecutoria de los Amigos de San Antón, en una cena como esta, y dentro de este ambiente entrañable, sólo podemos pensar, sin excluir a nadie, en la cordialidad y la paz, para la salud del cuerpo y del espíritu de nuestro mundo de hoy.

Muy celebradas y aplaudidas fueron las palabras de la Presidenta de Ja-farco, mientras proseguíamos dando cuenta del exquisito aperitivo, hasta que la campanilla del Prioste, nos llamó la atención de nuevo, pues se iba a proceder al nombramiento de los nuevos miembros de la confraternidad. Tomó la palabra José García García, quien dijo:

Asimismo, en la dicha reunión celebrada el día 20 de octubre de 2013, habida cuenta de los pareceres dados en el Capítulo anual celebrado en el pasado mes de enero, relativo a la posible elección de nuevos Miembros de la Asociación, se tomó el definitivo acuerdo:



«Dadas las buenas y cualificadas circunstancias que concurren en las honorables señoras, Dña. María Dulcenombre Jiménez Cavallé y Dña. Adelaida García Sánchez, por unánime complacencia se conviene en designarlas Miembros de Honor de la Asociación de Amigos de San Antón, en el transcurso de la Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina, que habrá de tener lugar el día 22 de noviembre venidero».

Jaén 27 de octubre de 2013.

En su consecuencia y conforme a lo así dispuesto dijo:

Dña. María Dulcenombre Jiménez Cavallé, recibid de manos de Dña. María Isabel Sancho Rodríguez, el Título que os acredita como tal Miembro de Honor.

Dña. Adelaida García Sánchez, recibid de manos de D. Luis Berges Roldán, el título que os acredita como tal Miembro de Honor.

Recibid con ellos las noragüenas y parabienes de todos los asistentes.

Un calido aplauso recibieron las dos ilustres damas, mientras recibían los nombramientos de Miembros de Honor de nuestra confraternidad.



Seguidamente debía de hacer uso de la palabra Ángel Viedma Guzmán para hacer la presentación de las dos nuevos miembros de la Asociación. Ángel



tuvo que esperar unos momentos, pues todavía continuaban las muestras de afecto tras recibir los correspondientes títulos. Al fin, el sonido de la campanilla fue haciendo silencio y ya el presentador pudo expresarse con la siguiente intervención.

 *Queridos amigos:*

Este año nuestra Asociación celebra su trigésima sexta Cena Jocosa o de Santa Catalina en estas estancias de la Cooperativa Farmacéutica de Jaén, que yo denomino «la madre de todas las boticas», el cordón umbilical del que se nutren casi todas las far-

macias giennenses y del que también nos beneficiamos nosotros los médicos y, finalmente los pacientes y enfermos como principales destinatarios de todos los fármacos que en ellas se dispensan. Con este motivo quiero expresar, en primer lugar, nuestro agradecimiento a la empresa JAFARCO que, representada por su presidenta María Jesús Oya Amate, de forma tan generosa y hospitalaria nos acoge hoy.

Siguiendo el encargo de nuestro prioste, Pedro Casañas, asumo la honrosa y grata tarea de cumplir con el acostumbrado rito, en nuestras cenas, de la presentación de los nuevos cofrades. Este año nuestra Hermandad, en el cabildo celebrado el pasado mes de enero, aprobó el ingreso en ella de dos nuevos miembros de honor. Se trata en este caso de dos mujeres, Adelaida García Sánchez y Dulcenombre Jiménez Cavallé, la primera con un gran bagaje archivístico e investigador acumulado a lo largo de su trayectoria profesional y la segunda con una exquisita sensibilidad y cultura musical en cuya enseñanza ha alcanzado unas envidiables cotas docentes. Aunque sus dedicaciones son ciertamente distintas, sin embargo ambas neófitas presentan algunos rasgos



Abrazo en la entrega del título por
M.^a Isabel Sancho a María
Dulcenombre Jiménez Cavallé



Luis Berges Roldán entrega el
título a Adelaida García Sánchez



Las dos nuevos miembros de la
Asociación

Rafael Casuso y José García



M.^a Isabel Sancho, M.^a José Sánchez, Alfonso Parras y Adelaida García

Ángel Aponte, Manuel López Pérez y José María Masveiler



comunes, como son su inicial formación en el profesorado de E.G.B. y sus excelentes cualidades personales y humanísticas, amén de las destacadas dotes y capacidades intelectuales y formativas que ellas han demostrado y desarrollado con creces en sus diferentes profesiones.

ADELAIDA GARCÍA SÁNCHEZ

Adelaida García posee un amplio currículum de titulaciones, empleos y méritos profesionales. Es natural de Benadaliid, una pequeña población de la provincia de Málaga de unos 300 habitantes, situada en plena Serranía de Ronda, de probable origen romano y que debido a su proximidad con la consta gibraltareña fue uno de los primeros cónclaves ocupados en la invasión musulmana el mismo año 711, derivando así su nombre actual de la tribu berberisca que se afincó en ella. Probablemente este origen serrano de Adelaida haya contribuido a forjar su carácter tenaz que la ha llevado a ir superando todas las metas que se propueso durante toda su vida.

Adelaida fue en primer lugar profesora de E.G.B., aunque no llegó a opositar. Luego continuó sus estudios, doctorándose en Filosofía y Letras por la Universidad de Granada, en 1972. Con esta titulación inició su periplo en la enseñanza, ejerciendo como profesora de Lengua y Literatura Española en la provincia de Málaga, durante el curso 1972-73 en los Colegios Salesianos de Ronda y el curso siguiente, 1973-74, en el Instituto «Luis Barahona de Soto» de Archidona. A partir de 1974 obtuvo el destino en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, como profesora de Paleografía, Archivística y Biblioteconomía, realizando allí una fecunda labor docente e investigadora. En 1982 inicia su trayectoria jaennense tras solicitar y conseguir la plaza de Archivera de la Excm. Diputación Provincial de Jaén, que había quedado vacante, puesto en el que continúa hoy y en el que ha venido desarrollando una valiosa y eficaz dirección que ha potenciado la organización e informatización de su archivo, facilitando así extraordinariamente la labor de todos los investigadores que acudimos al mismo para bucear en sus fuentes documentales.

Ha participado activamente en numerosos congresos relacionados con temas tan variopintos como son los de Lengua, Literatura y Civilización Francesa, Paleografía, la Historia de la Farmacia y de la Ciencia o la Historia de Andalucía. También ha asistido a diversas jornadas relacionadas con la Ley Jurídica de la Administración Pública, las Técnicas de Archivos de la Administración Local, la Iniciación a la Investigación de los Archivos Andaluces o los Archivos Públicos de la provincia de Jaén, así como a varios cursos de Peritaje Caligráfico y Documentoscopia.

Ha plasmado asimismo multitud de trabajos de investigación en diferentes publicaciones de Granada y de Jaén, entre estas últimas el «Boletín del Instituto de Estudios Giennenses», el ya desaparecido «Elucidario», la revista «Códice» o la revista «Sumuntán», siempre con aportación de estudios de gran interés histórico, bibliográfico y documental. Los primeros versaron sobre temática granadina, como fueron su investigación sobre los libros corales de la Capilla Real de Granada o la catalogación e introducción histórica del archivo de dicha Capilla a través de sus documentos, pero la mayoría de sus trabajos están dedicados a Jaén y su Diputación Provincial, con títulos tan elocuentes como: «Documentos que se conservan en el Archivo de la Diputación Provincial, referentes a la división territorial de la provincia de Jaén», «Los Presidentes de la Diputación de Jaén», «Los servicios psiquiátricos provinciales antes de la construcción del Sanatorio de Los Prados», «La Diputación de Jaén en 1838 ante la Primera Guerra Carlista», «El Hospicio de Mujeres de Jaén en la Edad Contemporánea» o «El Archivo de la Diputación de Jaén. Memoria de su historia». Es autora asimismo del libro titulado «La organización de la Beneficencia en la provincia de Jaén en el siglo XIX: 1822-1852» y también coordinadora y coautora de la «Guía del Archivo de la Diputación de Jaén», publicada en 2009.

Finalmente, quiero completar este bosquejo sobre la ingente labor profesional e investigadora de Adelaida García Sánchez añadiendo algunos méritos personales obtenidos a lo largo de su trayectoria docente y archivística, como son el de tutora de Prácticas, durante su periodo docente en la Escuela Universitaria de Biblioteconomía de Granada y, después, en su actual fase giennense, donde ha tenido también la tutoría de alumnos de la Universidad de Jaén en la titulación de Humanidades. Ha sido, además directora del Centro Documental de temas y autores giennenses de la Diputación de Jaén y es, asimismo, Consejera de Número del Instituto de Estudios Giennenses, desde el año 1989.

DULCENOMBRE JIMÉNEZ CAVALLÉ

La otra nueva cofrade es Dulcenombre Jiménez Cavallé, o Mari Dulce como yo la llamo, porque he de apresurarme a decir que ella, su marido y sus hijos son unos grandes amigos míos y de mi familia, amistad que se remonta a casi cuarenta años.

Es manchega de nacimiento, del vecino pueblo de Mancha Real, aquella villa que fue conocida popularmente como «La Manchuela» tras su fundación en el año 1537. Durante su infancia tuvo ya su primer contacto musical oyendo tocar el piano a su padre en casa, y recibiendo de él también sus primeras

nociones de solfeo. Después marcharía a Jaén para cursar el bachillerato en el Colegio e Internado de la Institución Teresiana y, posteriormente, los estudios en la Escuela Normal de Magisterio. Pero su innata inclinación hacia el mundo musical, le hizo simultanear estos estudios con los del Conservatorio Superior de Música «Victoria Eugenia» de Granada. Años más tarde, ganó las oposiciones al Magisterio Nacional, teniendo seguidamente sus primeras y sucesivas experiencias docentes, como profesora de E.G.B. en Los Teatinos de Santiago de la Espada, en Las Escuelas, en la Escuela Aneja Femenina de Jaén y en el Colegio Ramón Calatayud, también de la capital giennense.

Posteriormente cambiaría su sintonía docente hacia la Música, de forma definitiva. Hacia 1980 ejerció ya como Profesora de Música en la Escuela Normal de Magisterio de Jaén, y en la década de los 90, al cambiar la titularidad de aquella como Escuela Universitaria de Magisterio, continuó en el mismo puesto aunque ya como profesora integrada en la naciente universidad giennense. Durante todo este tiempo, además de impartir sus clases, con una ejemplar docencia, en las materias de Lenguaje Musical, Formación Coral, Formación Instrumental y Música Andaluza, organizó multitud de cursos sobre Didáctica de la Música en los que impartió asignaturas propias de la especialidad.

Además de esta labor docente, dirigió la Coral «Francisco Guerrero» de la Escuela de Magisterio, y posteriormente, el coro creado en el seno de la Universidad de Jaén con una escrupulosa selección de voces realizada entre el alumnado de ambos centros. Fuera del ámbito universitario hay que referirse necesariamente a su magnífica labor en la dirección del Orfeón Santo Reino de Jaén, en este caso junto con su hermano Pedro Jiménez Cavallé. Con todos estos grupos ha realizado conciertos tanto en Jaén como en la provincia, así como diversos encuentros corales nacionales y culminando con las actuaciones realizadas por el Orfeón en el extranjero, al que dirigió en ciudades tan representativas en el mundo musical como Viena, París, Gante, Bruselas o Roma, actuando hasta en el mismo Vaticano.

Aunque su preferencia ha sido siempre la docencia, con su casi exclusiva dedicación a la Pedagogía Musical, también ha realizado una interesante labor investigadora centrada sobre todo en la vida y en la obra musical de Cándido Milagro, un sobresaliente maestro de capilla de la catedral de Jaén, que vino a nuestra tierra a fines del siglo XIX, para desempeñar este cargo durante 46 años. Mari Dulce realizó interesantes aportaciones en sus estudios sobre este preclaro personaje musical, alguna de ellas recogida en las páginas de nuestra revista «Senda de los Huertos» y llegando incluso a colaborar en el Diccionario Hispanoamericano de la Música con datos relativos a este maestro de capilla.

Es también de destacar la impecable labor de gestión y organización desarrollada por ella en la Universidad, en su cargo como Secretaria del Departamento de Didáctica de la Expresión Musical, Plástica y Corporal.

Pero siendo muy interesante y digna de elogio su vida docente, creo que lo que mejor define a Mari Dulce es el gran equilibrio psicosomático de su personalidad. Por un lado, siguiendo la conocida expresión del poeta latino Juvenal, «mens sana in corpore sano», ella siempre ha dedicado parte de su tiempo de ocio al deporte, al tenis en concreto, llegando a ser –y yo puedo dar fe de ello– una consumada tenista. Pero, por lo que respecta a su faceta espiritual, Mari Dulce es sobre todo una mujer de profundas convicciones, en su vida interior, siendo en su trato con los demás una persona extraordinariamente sensible, alegre, generosa, conciliadora y comprensiva.

No tengo, pues, ninguna duda de que las dos néofitas que hoy recibimos en esta cofradía van a tener una gran acogida y una rápida y eficaz integración dentro de ella, aportando su saber y experiencia al ámbito cultural de nuestra Asociación.

¡Adelaida, Mari Dulce, los Amigos de San Antón os damos la más cordial bienvenida!

Muy aplaudidas y celebradas fueron las palabras de presentación que Ángel había hecho de las dos recién incorporadas, que emocionadas y un tanto nerviosas fueron correspondiendo su presentación no sin antes atender el deambular de los camareros que no cesaban de ofrecer buen beber y excelente yantar. La campanilla aquietó conversaciones y fue Adelaida García Sánchez, la que en primer lugar así se expresó:



Buenas noches a todos:

Como ya imagináis, mis palabras esta noche van a ser –y deben ser– de agradecimiento. Al mismo tiempo van a ser muy breves ya que comparto la opinión de Gracián de que «lo bueno, si breve, dos veces bueno». De hecho soy una persona muy concisa en la expresión, tanto verbal como escrita.

Cuando Pedro Casañas contactó conmigo para darme la grata noticia de que me habían propuesto para per-

tenecer a esta Asociación, le dije –y ahora lo repito en público– que era para mi un honor y una gran ilusión. Un honor por quererme igualar a tan buenos intelectuales e investigadores como los que están aquí presentes y con los que creo que no me puedo comparar. Una gran ilusión porque, tras mi vida laboral, puedo seguir inmersa en el mundo de la cultura, la investigación y la historia.

Desde que llegué a Jaén en 1982 me he sentido en esta tierra como en mi casa, pero ahora es el Jaén más genuino y entrañable el que me abre sus brazos y me acoge como uno de los suyos y esto me llena de emoción y gratitud.

Debo decir, ahora que estoy jubilada, que mi trabajo ha sido siempre para mi un placer y en este aspecto me considero una privilegiada. Me he pasado la vida entre documentos, algunos de gran valor histórico y, al mismo tiempo que los inventariaba y clasificaba, me detenía en estudiarlos y en aprender de ellos como era la sociedad de Jaén, cuáles eran sus inquietudes políticas o culturales y cuáles eran también sus grandes carencias. Por simple que parezca un documento, si lo lees con detenimiento, siempre obtienes una enseñanza de él y eso te enriquece.

El hecho de que la Asociación de Amigos de San Antón tenga por objeto la conservación de la cultura, la historia y las tradiciones locales de Jaén hacen que me sienta ilusionada por pertenecer a la misma, porque ese ha sido siempre mi mundo: la cultura y la historia. Es lo que me ha dado capacidad para reflexionar sobre mí misma, para ser crítica y éticamente comprometida y para cuestionarme mis propias realizaciones.

En definitiva, lo repito, es para mi un honor y una gran satisfacción estar aquí esta noche con vosotros, como un miembro más de la Asociación.

Gracias de corazón.

Después de un amplio y prolongado aplauso y un nuevo riego de gargantas, fue Dulcenombre Jiménez Cavallé, hermana de nuestro querido confraterno Pedro, la que tomó la palabra:

 *Queridos amigos:*

Cuando hace años me hablaban de la Cena Jocosa de los Amigos de San Antón y me aseguraban que era algo especial, un acontecimiento singular, difícil de describir y donde la cultura de Jaén adquiere un relevante protagonismo, no me podía imaginar lo que era, había cosas que no me cuadraban; efectivamente, algo difícil de describir con palabras como estoy observando.



Y mucho menos tampoco me podía imaginar que un día, como hoy, tendría la suerte de estar presente en ella y pertenecer a tan renombrada Asociación con claro acento y sabor jaenés. Para mí es un orgullo y supone todo un honor pertenecer a ella. Por ello solo sé responder con agradecimiento de la forma más sencilla posible: Gracias, con todo lo que el término lleva consigo de reconocimiento y afecto

Al ingresar en esta Asociación, como esta noche lo hago, no puedo evitar el acordarme de la célebre Cena de Baltasar de Alcázar, la del Poema, que debió vivir más de una noche, a juzgar por la adiposidad (gordura, grosor) del autor, tal y como lo retrata Francisco Pacheco, que, por cierto, no sólo pintó al poeta, sino que también lo hizo con el músico Francisco Guerrero, que, quizá, unos pocos años antes, había llegado a Jaén, en plena juventud para hacerse cargo del magisterio de capilla de nuestra

catedral y, posteriormente, volvería a Sevilla, donde también lo haría el propio Baltasar de Alcázar en 1583. Ambos pertenecieron a la llamada Academia del pintor, suegro de Velázquez, Francisco Pacheco, donde se reunían músicos, pintores, poetas (como Góngora, Quevedo..) y ambos fueron inmortalizados de la misma manera. Ello significa que se conocerían y recordarían sus años de juventud en Jaén donde el poeta –decíamos– celebrarían más de una buena cena y posiblemente, alguna de ellas, desde mi particular punto de vista, al estilo de las del Condestable, acompañada y amenizada con la música que interpretaban en aquella época los cantores y ministriles, tanto de la Catedral, como de la Capilla de San Andrés, que no sólo hacían música religiosa como era su obligación, sino que también participaban en reuniones y festividades profanas. ¿Quién sabe si el popular Prado verde y florido de Francisco Guerrero, compuesto en Jaén (entre los años 1546 y 1549), y conocido por el propio Cervantes no sonó en alguna ocasión especial?

Después de un breve recuerdo a estos personajes del pasado y dado que el Prioste me ha rogado brevedad, sorprendida, honrada, agradecida, sólo me queda repetir de nuevo la palabra: Gracias.





Ángel Viedma, M.ª Dulcenombre Jiménez y Pedro Jiménez



Juan Antonio López, Manuel López y Ángel Aponte



Luis Berges, Adelaida García y Juan Cuevas



Manuel Kayser, Pedro A. Galera y Antonio Martos



José García, Juan Antonio López y Manuel López



Pilar Sicilia, Pedro Cruz y José María Masveiler

Una cariñosa y prolongada ovación acogió las palabras de Dulce Jiménez y... prácticamente con las mismas finalizaba la primera parte de la Cena Jocosa del año 2013. Y digo esto de «prácticamente», porque aún había buenas bocas que perseveraban en aligerar las bandejas de los camareros, entre ellas la excelente morcilla frita de la que Ángel es un excelente degustador, como asimismo en general, en el «intercambio de copa vacía por copa llena», sobre todo y a estas alturas ya, por la Manzanilla «La Gitana», de la que observo, sin señalar en concreto a nadie, que hay varios y buenos «devotos» de la misma.

Eran más o menos las diez de la noche cuando una vez dado cuenta del aperitivo, nos dirigimos a través de la galería acristalada que da vistas al formidable almacén de la Cooperativa, que a esas horas se encontraba en funcionamiento, a la sala de Juntas de la entidad, en la que se había preparado una cuidada mesa, única, abierta en forma de U, en la que fuimos tomando asiento en los lugares asignados por las correspondientes cartelas de los nombres de los comensales.

El salón-comedor, como se observa en la fotografía, presentaba un sencillo, a la vez elegante y agradable aspecto, decorado con alusiones relativos naturalmente a JAFARCO.

A más de ello, durante todo el transcurso de la Cena, se fueron proyectando sobre las mismas paredes, de forma suave y discreta, unos variados reportajes alusivos a viejas fotografías de nuestro Jaén, obra realizada para el caso por José Masveiler, reportajes que acompañaban agradablemente en el devenir de la velada.





Pedro Alejandro Ruiz, José Casañas, José María Pardo y Juan Higuera



José Martínez, Francisco Cano, Arturo Vargas-Machuca, Juan Enrique Espinilla y Antonio Martos



José Manuel Arias Saavedra, Rafael Casuso, Ángel Aponte, Juan Antonio López Manuel López, José María Masveiler y Domingo Moreno

Antes de comenzar la cena, nuestro Capellan D. José Casañas, bendijo la mesa con la oración dedicada a San Antón, que dice: «Señor San Antón, los aquí cenantes, tus amigos, alrededor de esta mesa reunidos, rogamos de tu amistad que nos mantengamos siempre unidos. Que como a nuevo rebaño nos quieras apacentar este año y otros más. Y, como broche final, pedimos en común consenso, bendigas este humilde pienso que vamos a trasegar regado con vino espeso. Amén».

Nos enfrentábamos en ese momento a una cena, siguiendo la pauta de otras Cenas Jocosas, con tres platos, una crema –de puerros–, un pescado –bacalao– y una carne –rabo de toro–, tal y como rezaba la minuta que encontramos en nuestros platos. Naturalmente acompañado todo ello con los caldos prevenidos para el caso, como fueron el riquísimo Blanco de Rueda o el excelente Fuentespina de la Ribera del Duero, destacando que los no bebedores de vino (los menos) se acaompañaron de Aguas Minerales o Refrescos.

Una vez degustada y concluida la deliciosa Crema de Puerros con crugientes, tras el tradicional toque de campanilla, iniciaba su intervención Vicente Oya Rodríguez, el cual, por el lugar de acomodo que le había correspondido en la mesa y por no dar la espalda a nadie, se colocó junto al Prioste al inicio del salón, comunicando antes de comenzar el título de su intervención: DEL NUEVO JAÉN CON RETORNO A LAS RAÍCES DE SU HISTORIA. Y así se expresó:

I. INTRODUCCIÓN

Quando nos reunimos para celebrar esta Cena Jocosa de 2013, acogidos por JAFARCO, en su sede del Polígono Industrial, he querido reflexionar sobre este nuevo Jaén, que inició su andadura en la segunda mitad del siglo XX, y que, según los yacimientos arqueológicos de Marroquíes Altos y Bajos, en toda una zona que llega al inagotable Puente de Tablas, viene a decirnos algo así como que la ciudad vuelve a sus raíces de la Prehistoria.



Vivimos, ciertamente, en una ciudad que es antequísima y que ha sido obra de nuestros antepasados. Pero, al propio tiempo, gracias a los cambios profundos de nuestra época, somos testigos del nacimiento y proyección del moderno Jaén. Vemos como se agranda la ciudad. Surgen barrios y las carreteras que no ha mucho tiempo pasaban por el casco urba-

no han sido expulsadas, empujadas, despedidas, hacia las nuevas zonas periféricas, que van apareciendo. El antiguo Jaén, ante nuestra vista, dentro o tras las murallas, se convirtió en una zona venerable, menos poblada, maltratada, ante la ignorancia, la indiferencia y el negocio de los especuladores. El Jaén de ahora mismo, se ha afianzado en una época rendida necesariamente al imperio del tránsito rodado, cuando el desarrollo que exigen y demandan los tiempos, está inmerso en el crudo juego económico de las razones económicas, sociales, políticas, la especulación del suelo, el casi insalvable debate entre los técnicos y los políticos, en fin, en la polémica generalizada y la mayor de las ocasiones con demasiados intereses creados de por medio. Cuando una ciudad se amplía surgen muchos problemas y Jaén no podía quedar al margen de las nuevas situaciones.

II. LA TRANSFIGURACIÓN DE LA CIUDAD

Una ciudad nace, crece, se desarrolla, vive etapas de esplendor y entra en situaciones de decadencia y crisis. Puede incluso desaparecer y renacer de sus propias cenizas. Esa tierra donde se implanta forja en definitiva un espíritu de patria y se convierte en escenario de su quehacer. En este suelo, convertido en urbe, su historia, como apuntaba el arquitecto Fernando Chueca Goitia, arraiga la ciudad de la misma manera que lo hace un vegetal. Sin embargo, cuando surge un Polígono Industrial, más que implantarse, lo que ocurre es que se impone sobre la tierra, la violenta y la utiliza. La ciudad, en definitiva, conforma la naturaleza porque, al instalarse la humaniza; pero la industria, por otro lado tan esencial, tan imprescindible para el desarrollo económico y social, la vulnera, porque hace del suelo un instrumento. Es un tributo que, necesariamente, hay que pagar aquí, en nuestro Jaén, como en cualquier otro sitio.

El nuevo Jaén es una ciudad para vivir y un conjunto de polígonos industriales, o mejor, de servicios, para su desarrollo. Y también, claro está, todo lo que conlleva de infraestructuras. A este tiempo nuestro, y de cara al futuro, corresponde compaginar lo uno con lo otro. A la imposición de los núcleos de industrias y servicios, que surgen en la periferia, ha tenido que seguir la creación de nuevas barriadas con instituciones docentes, sanitarias, iglesias, espacios para el deporte, parques y jardines, aparcamientos, lugares para la expansión y el ocio. La ciudad, sobre todo la moderna, la que vemos crecer, se transfigura y, como siempre, se convierte en una obra inacabable. La antigua urbe siempre será una realidad que, como herencia, hemos recibido. En ella rendimos culto a nuestros antepasados. El hombre, que ha logrado tantas obras bellas, casi cercanas a la perfección, no ha podido conseguir la ciudad perfecta y eso crea

insatisfacción en todas las generaciones. Puede haber edificaciones notables, barrios muy completos, porque todo depende finalmente de la Historia. Lo dice Chueca Goitia cuando exclama que «La ciudad está zarandeada por la ilusión de la Historia», a lo que añade que «la ciudad está más cerca de una moral que de una obra definitiva». Habrá que decirlo, sin rodeos, para aquellos que siempre claman por la ciudad como una total de arte, siempre imposible. Esta nueva ciudad, nacida en Jaén de la zona norte, como por ejemplo el Bulevar, se ha convertido en una importante aglomeración humana, instalada en un terreno hecho patria, con unas estructuras, disposición y trazados, tanto internas como externas, y que, en definitiva, con todos sus defectos, va dando respuesta a las aspiraciones colectivas.

La ciudad se expansiona, porque participa de los cambios y mudanzas de su Historia actual le proyecta hacia el futuro. Si en las discretas y típicas expansiones del último tercio del siglo XX echó fuera de su casco urbano industrias, centros comerciales, talleres y otros servicios, ahora, con el crecimiento de estos sectores, tenía que elevarse la población. Todas estas gentes que forjaron barrios de aluvión en su momento como las Protegidas, el Valle, Peñamefécit, las Fuentezuelas y ahora el Bulevar, con sus ampliaciones, forjan el alma de la ciudad allí donde se va instalando. Dicen los arquitectos que sólo un espíritu comunitario puede luchar contra los problemas que hoy nos desbordan en las poblaciones y que el urbanismo en expansión acumula cada día.

III. CONSIDERACIÓN FINAL

Como fenómeno histórico, otra vez de acuerdo con Chueca Goitia, refleja la ciudad el devenir de la aventura humana. Se mueve porque tiene vida. Se hace y se deshace continuamente. En su proceso de construcción también la ciudad se destruye. Habrá siempre una presión del pasado, pero, al final, en su evolución, la ciudad se rinde ante las leyes económicas, sociales de los viejos y de los nuevos tiempos. De ello hay una gran experiencia en nuestro Jaén.

Hay un libro reciente Historia de un arroyo (Jaén, 2011), de los arqueólogos José Luis Serrano, Vanesa Portero y Juana Cano, prologado por Arturo Ruiz, que pone de manifiesto, como por aquí, por Marroquíes Bajos, con varias aldeas de agricultores y ganaderos, unos seis mil años antes de Cristo, la tierra, como medio de producción, como fuente de vida, era movida por nuestros antepasados. Y muchos siglos después como recuerda José Rodríguez Molina, cuando nos habla de aquel núcleo urbano de Jaén, que se debía principalmente a las actividades agrícolas, aunque hubiera artesanía y comercio. En fin, estamos en el antiguo Jaén que vuelve por éstos pagos para renacer de sus cenizas.

Futuro y presente:
Alfonso Parras. Cronista
para 2014 y
José Manuel Arias
Saavedra. Cronista de 2013



María Jesús Oya,
Juan Pedro Rísquez y
Domingo Moreno

Pedro Alejandro Ruiz y
José Casañas



Y vuelta a los aplausos y felicitaciones a nuestro querido compañero, Cronista de Jaén y prolífico periodista, quien no falla ningún día a su colaboración en el diario *Ideal*, en su columna Jaencianas.

Apenas cesan los aplausos y comentarios correspondientes al tema expuesto por el Cronista de la Ciudad, hace su aparición el *Bacalao a la Andaluza*, tal como nos marca la Minuta, siendo acogido con muestras de satisfacción por la buena vista que presenta y, posteriormente elogiado tras su apetitosa degustación.

La conversación general es animada y movida. Lástima que por el hecho de ser Cronista y tener fijo asignado, no poder estar acá y allá escuchando comentarios, anécdotas o recuerdos de otras cenas. En estas consideraciones estaba a la vez que conversar con María Jesús Oya, cuando el Prioste colocado en oportuno lugar, «echó una ojeada» y al contemplar que el segundo plato estaba prácticamente consumido, con discreción por la proximidad en que se encontraba, indicó a María José Sánchez Lozano que le correspondía el siguiente turno de intervención. Sonó el tin tin de la campanilla y de forma tranquila y sosegada, como es su ser, anunció el título de su intervención: CUANDO PONERSE ENFERMO ERA UNA AVENTURA.

Hoy como ayer, buena parte de los esfuerzos de la humanidad se han centrado en combatir la enfermedad y el dolor, llegando a representar en la mentalidad colectiva de los pueblos su más irrenunciable anhelo.

Desde los conjuros y ritos mágicos de la prehistoria hasta la actualidad, la lucha humana por atajar la enfermedad ha revestido soluciones muy diversas, siempre en función de la forma de entender la salud y la enfermedad.



El punto de partida de mi exposición es la Edad Media y el lugar elegido un municipio rural: Torres, mi pueblo.

La rica documentación conservada en su archivo histórico me informa de un buen número de personajes y de situaciones tan diversas que me han permitido hacer una aproximación a la situación sanitaria de la localidad.

Voy a comenzar con una descripción del Torres medieval obviando su belleza y su riqueza artística para centrarme en las condiciones higiénicas que ofrecía.



Vista parcial de Torres

La ciudad medieval estaba edificada en torno a un castillo al que se accedía por unas callejuelas empinadas, estrechas, tortuosas y sin pavimentación. En invierno las lluvias convertían estas calles en lodazares y en verano la tierra y arena inundaba la atmósfera de polvo. Por la vía pública transitaba toda clase de animales evacuando sus excrementos por calles, portales y corrales. Y si esto no era suficiente, por las ventanas y al grito de ¡Agua va!, las aguas fecales, basuras y otras inmundicias completaban tan desolador panorama. Y aún podemos añadir más. La ausencia de alcantarillado y la falta sistemática de limpieza urbana y humana ayudaban a que su imagen fuese la antítesis de una ciudad limpia e higiénica. Al contrario, en ella, las ratas, moscas, mosquitos, piojos, chinches, etc., vivían y se reproducían a sus anchas. Y es que en el universo de conocimiento de aquellos grupos humanos, tan impregnado de ignorancia, no había ninguna noticia a cerca de lo que era un microbio, y no podían imaginar la relación tan directa que existía entre sus condiciones higiénicas y la proliferación de enfermedades infecciosas.

En consecuencia, la aparición de calenturas y enfermedades como el mal de ojo, el mal de piedra, la tiña, el tabardillo, la sarna y a veces las pestes y la lepra, se sucedían de forma cotidiana.

La estrecha vinculación establecida entre este amplio espectro de enfermedades y los precarios conocimientos de medicina, generaron en aquellas grupos

humanos una justificación del padecimiento del enfermo que la espiritualidad medieval identificaba con el de Cristo en la cruz, y unido a ello, la concepción del castigo divino daba respuesta a la causa de muchas enfermedades, al extremo de identificar enfermo con pecador.

Estas concepciones eran fruto de la intensa religiosidad que caracterizaba a la época. Por eso, el contacto con las reliquias como agentes curativos estaba muy extendido; del mismo modo que el cuidado de los enfermos era considerado un principio de caridad cristiana. Es por ello que los hospitales medievales generalmente eran regentados por religiosos. Torres contó con uno de estos establecimientos, y posiblemente estuvo atendido por dominicos. Se mantenía con las donaciones de los torreños más pudientes y con las limosnas que los fieles entregaban en las misas, actitudes que, sin duda, estaban inducidas por los sermones cuyo contenido vinculaba el camino hacia la santidad con la práctica de la caridad cristiana. A finales del siglo XV ya estaba casi abandonado. Lo gestionaba el mesonero sin ningún fin lucrativo «movidó por devoción» decía él. Afirmación que de ser cierta mejora la imagen, por entonces tan extendida, del mesonero codicioso.

Conforme avanzaban los conocimientos científicos se iban abandonando las prácticas sanitarias medievales, pero en cualquier caso ponerse enfermo aumentaba el drama de las miserias terrenas de los jornaleros, porque la enfermedad no solo significaba perder la salud, también traía de su mano el abandono del trabajo, con la consiguiente merma de ingresos para hacer frente a la economía familiar, de modo que la pronta curación era deseada con urgencia, aunque solo fuera para acudir al trabajo, después vendría la asistencia sanitaria. Tan precaria e irregular. A veces inexistente. Y es que si encontrar médico era difícil en la España de entonces, en la pequeña y pobre población de Torres aún lo era más. Los salarios que se les podían pagar eran bajos y la picaresca no faltaba en la profesión porque en realidad se trataba de subsistir más que de curar.

En cuanto a los conocimientos de medicina, es sabido que eran escasos. Estaban basados en la existencia en el cuerpo humano de cuatro sustancias básicas llamadas humores: sangre, flema, bilis amarilla y atrabilis o bilis negra. El desequilibrio de estos elementos era perjudicial para la salud y provocaba la enfermedad. Es por lo que cada primavera se consideraba sano extraer del cuerpo el exceso de sangre para restablecer el equilibrio. La operación de sacar la sangre era denominada sangría o flebotomía. Y a pesar de su peligrosidad era un tratamiento bastante habitual. Un refrán popular así recogía esta costumbre: «sangrías, lavativas, purgas y ventosas y siempre las mismas co-

sas». El ritual comenzaba invocando a Jesús y María y a continuación abrían la vena del paciente con una aguja curvada tirando de ella para facilitar la salida de la sangre.

Quienes solían realizar estas sangrientas curas eran los barberos, oficio que si en principio estaba asociado solo al corte de pelo y al rasurado de la barba, con el tiempo fue evolucionando. La falta de clientela abocó a estos profesionales a introducirse en otros menesteres que les proporcionaran la subsistencia. De tal suerte que algunos consiguieron ser «ayudas de cámara» de personas influyentes y poderosas, con lo cual sus atribuciones se ampliaron poco a poco. Comenzaron encargándose del aspecto físico de sus señores, después fueron quedando a su cargo la puesta a punto de sus enseres personales y por último se ocuparon de su salud. Una vez introducidos en el mundo de la medicina el paso siguiente fue conseguir la autorización para realizar sangrías, colocar sanguijuelas, poner emplastos, sacar muelas y aplicar algún que otro remedio casero.

Este extraño cambio de intereses: pasar del cuidado y aseo personal a la cirugía menor, podemos entenderlo si nos remontamos a las rivalidades profesionales entre médicos y cirujanos. Los primeros consideraban a los segundos de inferior categoría, y este menosprecio motivó que los cirujanos buscasen apoyo entre los barberos para asociarse con ellos tratando de defender sus intereses. Los integrantes de este nuevo colectivo de barberos-cirujanos nunca llegó a igualarse con los cirujanos. Una de sus diferencias fue la denominación. Los barberos eran conocidos como los «cirujanos de bata corta» para diferenciarlos de los «cirujanos de bata larga» que eran los cirujanos con mayor preparación; por otro lado hay que añadir que los de «bata corta» siempre gozaron de menor prestigio. Al llegar al siglo XIX equiparon su oficio al de practicante.

Estos sangradores —que también se les denominaba de ese modo— desde la época de los Reyes Católicos tenían su propio Protobarberato —tribunal que se encargaba de vigilar el ejercicio de su profesión— con total independencia del Protomedicato, Protocirujanato y Protofarmacéutico, sus homólogos para los médicos, cirujanos y farmacéuticos respectivamente. Dicho esto podría pensarse que estamos ante profesionales acreditados y por tanto formados académicamente; sin embargo no siempre fue así. Algunos de los que desempeñaban este oficio en Torres ni siquiera sabían escribir, como por ejemplo el granadino Francisco Sánchez que necesitó la firma de un testigo para realizar su contrato porque el dominio que él tenía de la escritura no daba para tanto. La figura de estos personajes es una constante en la literatura universal. Recordemos a Maese Nicolás, el barbero, también cirujano y sangrador, que atendía al Quijote y que además se encargó de quemar su biblioteca.



Escrutinio de la librería de don Quijote llevado a cabo por el cura y el barbero, Maese Nicolás

Hasta bien entrado el siglo XVI, en Torres no contaban con ningún personal sanitario, el bachiller Gaspar de Castellanos, es el primer médico del que tengo noticia que prestara sus servicios. Llegó al pueblo en el verano 1545. Venía contratado por el ayuntamiento porque al ser Torres un núcleo pequeño de población, era esta la entidad que controlaba directamente la asistencia sanitaria, realizando los pertinentes contratos entre la citada entidad y los facultativos. Vivía D. Gaspar en la vecina localidad de Bedmar y todos los sábados viajaba hasta Torres para atender a los enfermos. Las condiciones en que entró a trabajar fueron las siguientes: el salario anual sería de 4.000 maravedies fraccionado en tres pagas cuatrimestrales. Esa era la aportación del concejo; pero además, por cada visita los pacientes tenían que abonarle casi 50 maravedies, más los gastos de la comida, bebida y alojamiento para él y su bestia. A cam-

bio, la primera consulta siempre sería gratis. Muy probablemente los enfermos no pagarían las visitas con agrado, pero no tengo constancia de que así fuera; lo que realmente les resultaba costoso era cubrir los gastos de la mula del médico. Protestaban a menudo porque lo consideraban excesivo. Mucho después, Quevedo en su conocida animadversión por los médicos y en general por todos los que ejercían algún oficio de sanador, criticaba estas inusuales cuentas y al referirse al transporte que utilizaban los médicos, advertía para que ninguno «sea osado a llevar dineros por la cura de la mula del médico». Y digo yo. ¿Pasaría don Gaspar la factura de la enfermedad de su mula?

Al año siguiente las noticias sobre el médico desaparecen en las fuentes consultadas. Ni de él ni de otro personal sanitario aparece ningún rastro en toda una década. Fueron años en los que soplaron malos aires para la asistencia sanitaria, por tanto, buen momento para los curanderos y exorcistas que, sin duda, harían su agosto. Por fin en 1556, hartos de buscar médico encontraron la solución contratando los servicios de un barbero.

Lo mismo que ocurría con los médicos, tampoco era fácil conseguir barbero para Torres. Y también como con el médico, de nuevo encontraron la solución en Bedmar. Juan López se llamaba. Buen barbero-cirujano debió de ser. Sus emplastos, y sangrías eran el único alivio que los enfermos tenían para remediar los males del cuerpo. A falta de médico bien podían apañarse con el barbero. Los vecinos eran conscientes de que al irse Gaspar de Castellanos contratar a un nuevo médico era un lujo que la economía local no podía costear, por eso una vez conseguido el barbero no querían perderlo y solicitaron al concejo que fijara su residencia en Torres. Al barbero le costó tomar la decisión porque de esa forma ganaba menos dinero, pero a pesar de todo se decidió a hacer la mudanza. Quizá le resultó atractivo el poder disfrutar gratis de la vivienda que le ofrecía el concejo.

El nuevo establecimiento estaba ubicado en la antigua casa de la Audiencia, intramuros de la villa, alejada del nuevo espacio urbano creado a comienzos del siglo XVI en las afueras de la muralla. El edificio podía resultar ostentoso, a juzgar por su antiguo uso, pero no, no fue así, porque lo que ofrecían al barbero solo era el portal y ni siquiera entero pues lo tenía que compartir con la herrería que a su vez era el taller del zapatero del pueblo. A pesar de todo, tanto el barbero-cirujano como los vecinos salían ganando y todos se enorgullecían de la flamante barbería. Los torreños estaban satisfechos ya que por primera vez veían instalado en su pueblo un establecimiento de tales características. Y por lo que respecta al barbero estaba agradecido de no tener que recorrer las calles del vecindario cargado con su peculiar botiquín: una maleta en la que



Barbero practicando una sangría en la oreja. Grabado de Lucas de Hugesz de Leiden. 1524-1533

tenían cabida instrumentos tan dispares como tenazas, navajas, tijeras, peines, lancetas para las sangrías, ungüentos, piedras, bacías...

Y también el conejo mostraba su gratitud hacia Juan López. Nada más llegar le dio un adelanto para que pudiera comprar algún material profiláctico. Las fuentes hacen referencia concretamente a la compra de alguna piedra. Sin duda que la que él compró sería para afilar las navajas, pero dado que el barbero -no lo olvidemos- también curaba los males del cuerpo podría tratarse de piedras con fines terapéuticos. Esa mención en las actas capitulares me llevó a pensar en las creencias que en la Edad Media circulaban en torno al poder curativo de las piedras. Un buen ejemplo de ello lo podemos encontrar si nos adentramos en la figura de santa Hildelgarda, mujer medieval cuyas prácticas de sanación pasaban por el contacto con determinadas piedras, pero en el siglo XVI sus teorías ya no gozaban de ningún tipo de consideración. Curiosamente en la actualidad vuelven a tener vigencia.

Barbero realizando una flebotomía.
Salterio de Lutrell. 1325-1335



Los primeros días, la barbería debió de estar bien concurrida, pues se abrió en la primavera, época en la que se realizaban las sangrías. Con el tiempo el portal de la barbería se fue convirtiendo en un lugar cotidiano para los torreños. No era especialmente inhóspito, al fin y al cabo que la barbería estuviera ubicada en un portal era lo común en la época. En él se encontraban todos: los que necesitaban arreglar su calzado o cualquier otra prenda de cuero; los labradores con sus arados para reparar o con las herraduras u otros herrajes para sus animales; y junto a ellos los que querían rasurarse la barba o se aquejaban de alguna dolencia. Lo mismo daba. En cualquier caso, a buen seguro que se convirtió en un lugar de sociabilidad, eso sí masculina.

El barbero estuvo regentando aquel local bastante tiempo, incluso cuando había médico el establecimiento seguía abierto. Más adelante otros sangradores que pasaron por el municipio fueron Alonso Ruiz, Francisco Sánchez o Juan de Ángulo por citar algunos nombres. Sus técnicas de sanación no eran vistas con agrado por los vecinos, acudían a ellos cuando no tenían más remedio y

siempre con el miedo de que le practicaran una sangría. Si eran emplastos o algún brebaje podía pasar, pero si el barbero se pronunciaba por la sangría casi preferían seguir con la enfermedad porque ante tal práctica se sentían tratados como animales, «como si fueran carneros», al menos eso era lo que decían. Y al parecer no era exageración de los pacientes porque la realización de aquellas flebotomías a todas luces era una práctica dolorosa además de peligrosa. A los riesgos que en sí mismo encerraba el extraer la sangre sin ningún tipo de prevención hay que añadir la falta de preparación que solían tener estos barberos. Quevedo decía de ellos que aprendían el oficio «ejercitándose con la lanceta en zanahorias antes que en los brazos».

Este malestar así expresado por ellos nos muestra claramente el arcaico modelo de terapias sanitarias vigentes en la España de entonces. Mientras tanto en Flandes, Andrés Vesalio revolucionaba la ciencia médica con sus estudios sobre Anatomía. Pero aquí la medicina no daba para más.

Como los servicios del barbero no eran suficientes, la búsqueda de un médico para la localidad seguía siendo una cuestión pendiente.

Pasado el verano de 1563, por el camino que conducía a Mancha Real llegaba a Torres a lomos de su mula Gonzalo Hernández. Era el médico de Jaén que por un tiempo pasaría consulta en Torres. Sus condiciones laborales eran similares a las de don Gaspar, únicamente cambió su día de visita, le interesó más fijar miércoles para su jornada laboral. Además su contrato estipulaba que la regularidad de sus visitas sería semanal medio año y el resto quincenal. Pero su salario sí era bien distinto. Habían pasado casi 20 años y prácticamente duplicaban sus ingresos anuales: 7.500 maravedíes. Solo estuvo en Torres un año. Cumplido su contrato no lo renovó.

Al año siguiente, un nuevo profesional de la medicina, el licenciado y clérigo, Francisco Sánchez, se instaló en el pueblo. Aunque fuese cambiado de titular, con la sucesión de barberos y médicos daba la sensación de que por fin el escaso vecindario tenía cubiertas sus necesidades en materia de sanidad, sin embargo no fue así. Este médico ni siquiera esperó a que cumpliera el tiempo pactado en su contrato. Unos meses antes y sin ninguna explicación abandonó el pueblo. Por un tiempo las semanas transcurrían sin que los lugareños otearan en el horizonte la cotidiana silueta del médico cabalgando sobre su burra camino de Torres.

El gobierno local, dadas sus competencias en materia de sanidad, no cesaba en su empeño por cubrir tal necesidad, y en su búsqueda una vez más, la cantera fue Bedmar. De allí era el licenciado Francisco de Molina. Y si a Francisco

Sánchez no le gustó el trabajo de Torres, a Molina si le interesó, a pesar de que ganaba quinientos maravedís menos.

La buena coyuntura económica que conocieron los torreños fue palpable en todos los ámbitos. El concejo obtenía más recursos, por lo tanto, lejos de asistir a recortes sanitarios, en sus presupuestos la sanidad subió un escalafón, tanto que por unos años podemos hablar de sanidad pública en el municipio de Torres. Los enfermos serían atendidos gratis porque los poderes locales correrían con todos los gastos. Pero la nueva situación traía una contrapartida, y es que al convertirse en funcionarios municipales la picaresca afloró en la profesión, de tal modo que, perdida la salud, el enfermo iniciaba su periplo de sufrimientos sin poder encontrar en el momento que le interesaba el ansiado consejo del médico. ¿De qué les servía tener asignado un titular si este acudía a su trabajo cuando lo consideraba conveniente y sin dar ningún tipo de explicación? Pues eso es lo que hacía don Gaspar de Castellanos, el médico que había estado en Torres 18 años antes. Algunos jueves, día semanal asignado para su trabajo, dejaba a los enfermos plantados, pero a él le daba igual porque de todas formas cobraba sus 7.500 maravedís anuales.

Su negligencia llegó a tal extremo que los torreños hartos de aguantarse con sus calenturas se movilizaron para poner orden en tal delicada y trascendental cuestión. La plaza del pueblo fue el escenario elegido para reunirse y desde allí, a los pies del ayuntamiento, reivindicar sus derechos. A los munícipes no les quedó más remedio que intervenir. Su respuesta fue rápida y contundente: o atendía su trabajo con el rigor debido o tendría que abandonar las consultas. Fue valiente la actitud del cabildo municipal, no olvidemos la dificultad que señalamos para encontrar médico; no obstante le plantaron cara y tuvieron la suerte de que don Gaspar aceptara las nuevas condiciones y continuara haciéndose cargo de la salud del vecindario dos años más. Y al parecer se enmendó en su trabajo, porque en las fuentes no vuelve a salir su nombre asociado a ninguna corruptela.

Cada vez con más regularidad los enfermos solían ser atendidos. Y entre sangrías, purgantes, ligaduras y dietas iban sobreviviendo. Prácticas de sanación que eran necesarias porque si la población no aceptaba estos remedios tenía que entregarse a peores métodos, aquellos que les proporcionaban los hechiceros y curanderos. Y en Torres qué duda cabe que también los hubo. Tengo noticia de tres: Isabel Rodríguez, Lucía Muñoz y Catalina de Vilches, las tres practicaban el oficio más viejo del mundo, pero además eran curanderas y santiguadoras, curaban el mal de ojo y el mal de madre, y su terapia solo consistía en santiguar. En realidad eran hijas de la ignorancia y la superstición

que anidaba en un pueblo atrapado por sus propias convicciones e inmerso en un universo de oscurantismo.

Interesante y descriptiva fue la evolución sanitaria en su ciudad natal de Torres, expuesta por María José Sánchez Lozano, recibiendo afectivo y cariñoso aplauso de todos, que conlleva correspondientes comentarios relativos al tema expuesto, considerando las formas tan sumamente primarias sobre la curación de enfermos a la sanidad actual.

La Cena debe continuar con devenir que no cesa y a la señal convenida con el servicio «sale a plaza» el Rabo de Toro, con su guarnición correspondiente. Pieza exquisita de este fiero animal que se va consumiendo con fruición y bien acompañado del excelente Fuentespina.

Las horas han ido discurriendo y el Prioste consulta su reloj de bolsillo (que no lo utiliza nada más que en estas Cenas) y ve conveniente ya el momento de dar la palabra a una nueva intervención. Y va a ser precisamente la de Ángel Aponte Marín, a quien la Asociación sinceramente le agradece su ofrecimiento de estar siempre dispuesto intervenir en tantas cuantas veces sea necesario. Haciendo alusión a su calidad a este respecto, me comentan, la magistral intervención que tuvo en la presentación de tres nuevos miembros, ocurrido durante la Cena Jocosa del año 2000, en la Casería «El Plantío», en el Llano.





Domingo Moreno, Pedro A. Ruiz y M.ª Isabel Sancho



Manuel López, José Manuel Arias y María Jesús Oya



Vicente Oya y Manuel Kayser

Al toque inicial de campanilla, Ángel inició su intervención anunciando el título de la misma: UN GÁNSTER GIENNENSE O LA PELIGROSA VIDA DE «EL CHATO DE JAÉN».

 Queridos Amigos de San Antón,



1. *Mucho hemos recordado, a lo largo de las ya numerosas celebraciones de nuestra Cena Jocosa, a personajes de la más diversa naturaleza vinculados a Jaén. En términos generales, y es justo que así sea, se ha tratado de personalidades ilustres, relevantes en el mundo de la cultura, la sociedad y la política giennenses. Tampoco han faltado semblanzas, espléndidas, de tipos singulares, ya por algunos detalles extravagantes de sus vidas o por su casticismo más profundo. Creo, sin embargo, que yo recuerde, que nunca hemos hablado en estas ocasiones, de un gangster, y de un gangster que en su apodo, o nombre de guerra, no dudó en mencionar su lugar de origen, nada menos que nuestra ciudad.*
2. *Me refiero a Antonio José de la Cruz Expósito, conocido en los ambientes hampones al final de siglo como El Chato de Jaén. Utilizó otros nombres como Antonio López Conesa, Rafael Almagro y Manuel del Río, y asimismo apodos de Maestrín y Peste pero será con el sobrenombre mencionado, El Chato de Jaén, como pasará a los anales de la mala vida a finales del XIX e inicios del siglo XX.*
3. *Él, seguramente, no se habría reconocido como gangster que como es palabra anglosajona, relacionada con un ámbito norteamericano, pero El Chato de Jaén responde, en un sentido amplio, a dicha tipología, tanto por sus fechorías, como por los ambientes que frecuentaba y por su porte. No era un ratero más o menos desgraciado, ni un bandido de los que se tiraban a los caminos –aunque estuvo un tiempo huido en Sierra Morena, como mandan los cánones– sino un delincuente que realizaba sus fechorías en Madrid y en poblaciones grandes y que se movía, con soltura, por toda España. Vivió y delinquiró que yo sepa en Jaén, Linares, Andújar, Madrid, Córdoba, Albacete, Cartagena, Almería, Málaga, Calatayud, Novelda, Zaragoza, Ferrol y Monforte, aparte de los distintos penales por los que pasó y, en algunos casos se fugó.*

4. *Nació hacia 1868, en Jaén. Por su fotografía que publicó nada menos que ABC, vemos que era un hombre delgado, de expresión dura, de estatura regular, de notable fuerza física y agilidad, lucía bigote de mediano tamaño, llevaba varias sortijas en los dedos y tenía un revolver marca Smith Wasson que no dudaba en utilizar en distintos lances. Era, hasta cierto punto refinado, pues calzaba zapatillas de terciopelo negro en su casa y vestía traje de señorito, como un buen burgués.*
5. *En Madrid solía frecuentar las calles adyacentes a la Ronda de Segovia y La Latina. Allí vivía junto a una mujer llamada, entre otros nombres, María de la Sierra, y a sus dos hijos pequeños. Su medio natural eran casas ilegales de juego, los colmados y las tabernas, lugares propios de tratantes de ganado, jugadores profesionales, gente del bronce y toreros de poco cartel, como uno llamado El Valencia.*
6. *Su compañero de fechorías, considerado por El Chato como «amigo de verdad» era un tipo conocido como El Carpeta con el que se fugó de la cárcel de Novelda, y junto al que cometió diversas tropelías, como un robo en dicha población y otro en la iglesia de Monforte. Este Carpeta también contaba con varios nombres que usaba a discreción.*
7. *Que era un personaje popular es más que evidente, en una de sus detenciones, concretamente en el momento de su ingreso en la cárcel de Jaén, por un robo y enfrentamiento con la fuerza pública, levantó una enorme expectación entre el público y los curiosos que fueron a la puerta de la prisión casi a aclamarlo, o al menos a contemplarlo con indisimulada admiración. Él no dudó en saludar, con desenvoltura de hombre de mundo, a la concurrencia. La Vanguardia, al tiempo que lo calificaba de «famoso bandido» publicó: «El Chato penetró descaradamente en la Prisión».*
8. *Su historial criminal fue muy amplio. Estuvo implicado en estafas, sobornos a policías, robos con escalo y en muchas refriegas y tiroteos con las fuerzas de seguridad. En una de estas mató a un guardia civil en Córdoba que, previamente, le había asestado un sablazo en la cabeza.*
9. *Entre los casos más relevantes en los que estuvo implicado, puedo citar el robo de una casa de préstamos en la calle del Barquillo, aunque el negaba su autoría. O el desvalijamiento del palacio del marqués de Urrea en Zaragoza, en el verano de 1896. Estaba el marqués de veraneo cuando El Chato y su cuadrilla le sustrajeron, dinero y objetos por valor de 20.000 pesetas. No contentos con el botín, y al estar la casa deshabitada temporalmente, se quedaron allí, campando por sus respetos, durante varios días*

imagino que dando buena cuenta de la despensa y bodega. El mal rato del Marqués debió ser antológico.

10. *Con todo su crimen mas espectacular, pero no el mas grave, fue el atraco perpetrado en una casa de cambio de la calle Carretas, en Madrid, el 7 de noviembre de 1899. Obtuvo un botín de mas de 14.000 duros en oro, plata y billetes. Junto a dos ladrones más, redujo a los dependientes a punta de pistola y se llevó el dinero en cajas y en talegas. Las repercusiones del suceso en la prensa nacional fueron tremendas.*
11. *Otro rasgo en El Chato de Jaén era su facilidad para fugarse de redadas, prisiones y penales. Sin duda le ayudaban su agilidad y su experiencia en subir y bajar por muros y cercas. No hay que olvidar que solía realizar sus robos mediante túneles, agujeros en tabiques y escalo de fachadas. En alguna ocasión se escapó de la policía corriendo por los tejados, disfrazado a veces, y cuando las cosas se ponían difíciles, sin ser, por lo que yo sé, un criminal sanguinario, recurría al revolver, como en la calle Malasaña de Madrid.*
12. *Se fugó de las cárceles de Ciudad Real y de Novelda, en ésta junto al Carpeteta, y tuvo una tentativa de fuga de la prisión de Córdoba, en junio de 1901. Desde allí lo trasladaron el penal de Cartagena. Llegó en agosto de ese año en una cuerda de más de treinta presos. La prensa denunció la catadura, y aconsejaba su traslado a Chinchilla. Y tenía razón. El 16 de diciembre en 1902 se escapó una vez más, aunque estuvo poco en libertad pues dos policías le siguieron la pista y, en marzo de 1903, fue capturado en Málaga, cuando trataba de embarcarse, en el vapor Grao con su mujer y sus dos hijos pequeños, rumbo a Oran.*

En diciembre de 1905, como consecuencia del robo de la calle Carretas, fue condenado a catorce años, ocho meses y un día de prisión. Fue enviado cumplir condena a Ceuta y para que estuviese a buen recaudo, lo mandaron a Chafarinas. Unos seis meses más tarde, en junio de 1906 de fugó de allí. Es la última referencia que tengo de su vida, y solo Dios sabe donde acabaría la agitada vida de El Chato de Jaén.

Muchas gracias.



La intervención de Ángel fue muy aplaudida, comentándose ampliamente la pícara figura del ya célebre para todos «Chato de Jaén», en general desconocida para la concurrencia y suponemos que para la mayoría de los jaeneros. Y,



Manuel Kayser, Pedro A. Galera y Rafael Casuso



Cano, José Casañas y José García



Juan Pedro Rísquez y Manuel López

en estos comentarios estábamos, cuando ante nuestra vista apareció el diligente servicio poniéndonos para postre, unas exquisitas Manzanas Asadas, que una vez degustadas daban gana en verdad de una repetición. Estas Manzanas me han sabido a poco, comentaban algunos comensales, tal como posteriormente me comentaba el Prioste.

La hora avanzaba y, aunque el bienestar no lo notara, había que dar paso a una nueva intervención, en este caso como es tradición en estas Cenas, no podía faltar la documentada intervención de Manuel López Pérez, quien en esta vez eligió la Salud Pública jaennense como tema a desarrollar.

Pese a que la diaria realidad demostraba lo contrario, nuestros antepasados se empeñaban en asegurar que Jaén era una ciudad de insuperables condiciones higiénico-sanitarias. La lectura de la abundosa bibliografía existente sobre el Jaén del siglo XIX y el repaso de la multitud de periódicos y revistas puestos en circulación por nuestros tatarabuelos, casi siempre como flor de un día, nos pone de manifiesto la contumaz manía de negar las evidencias insistiendo, una y otra vez, en pintarnos un Jaén idílico, envuelto en la mas exquisita asepsia, en el que gracias a las paradisíacas condiciones naturales de nuestro entorno, poco había que gastar en boticas y menos había que recurrir al reducido colectivo sanitario –médicos, cirujanos, sangradores, boticarios...– porque los jaeneses gozábamos de una salud de hierro capaz de salvar cualquier contingencia.



Sin embargo la realidad era muy otra.

Don Pascual Madoz, al exponer sucintamente el panorama higiénico-sanitario del Jaén de 1847, nos hacía este feliz diagnóstico:

«... La buena ventilación de este pueblo, exquisitas aguas y los alimentos sanos y abundantes que produce el país, ocasiona indudablemente, entre sus moradores un buen estado de salud, principalmente entre las gentes del campo. Tal vez estas mismas ventajas den lugar a que las enfermedades tomen con facilidad el carácter inflamatorio: así pues, se emplea con frecuencia y felices resultados el tratamiento antiflogístico en las infecciones agudas febriles. Con este método, bien que se

aproxime más a la verdad, bien que esté más en armonía con el temperamento y modo de padecer general de las personas de esta ciudad, se han conseguido desterrar un no pequeño número de enfermedades crónicas, que como resultado de las aguadas se observaban antiguamente con mas frecuencia que ahora. Aquí no hay enfermedades endémicas propiamente dichas y además de las ordinarias –comunes a otros países– solo se padecen las estacionales y epidémicas que suelen reinar en tiempos dados sin graves consecuencias.

Notase, sin embargo, con alguna frecuencia las afecciones reumáticas bajo todas sus formas y también una disposición prematura, principalmente en los hombres robustos, a las congestiones cerebrales y por consiguiente a la apoplejía con todas sus consecuencias. Bien podrá ser causa de esto la abundancia y buena calidad de los alimentos y la vida poco agitada y el escaso ejercicio que generalmente se hace por los habitantes perpetuos de esta ciudad. También podrá ser cusa de los reumatismos ésta misma, unida a la umbría que producen los cerros, sobre todo el del Castillo, que quita a la ciudad algunas horas de sol antes de que se oculte para otros pueblos.

Entre los trabajadores del campo, cuya constitución es sana y fuerte, suelen padecerse en el verano algunas calenturas intermitentes benignas que adquieren por su permanencia en las huertas durante dicha estación.

Puede decirse, sin embargo, que Jaén es un pueblo sano y lo era mucho mas, antes que la nueva civilización viniera a alterar las costumbres sencillas y los hábitos racionales de nuestros padres.....».

Ciertamente, las cosas no eran gratulatorias como nos dibujaba el Sr. Madoz, don Pascual.

Cuando en mis buenos años tuve la humorada y paciencia, de revisar inscripción por inscripción, las diligencias de sepultura consignadas en los libros de registro del viejo Cementerio de San Eufrasio que se conservan en el Archivo Municipal, pude comprobar con meridiana claridad que en el Jaén del siglo XIX las gentes morían con frecuencia y abundancia numérica..., que la mortalidad se elevaba sobremanera en el periodo estival..., que la causa del «triste óbito», que decían las esquelas, era tan variada como pintoresca..., que buena parte de las muertes deberían tener raíz y origen en las deficientes condiciones higiénico-sanitarias de la población y que en la clase médica apenas había conciencia clara de las enfermedades degenerativas e infecciosas, pues cuando reseñan el apartado de «causa de muerte» en las inscripciones de la sepultura, consignan diagnósticos simplistas, ingenuos y que en más de una ocasión pro-

vocan la hilaridad del investigador, llevándonos a la conclusión de que en aquel entonces, en Jaén, la ingenuidad prevalecía sobre la Ciencia.

Aunque por supuesto, de algo hay que morir, el marco ambiental del Jaén del XIX minaba silenciosamente la salud de nuestros paisanos a la vez que engordaba la cuenta de resultados de sociedades mercantiles tan acreditadas y populares como la de Antonio López de la Casa –vulgo «Funeraria La Verdad», de López– la de Ramón Cobo Anguita, funerario y cabo de los Soldados Romanos a tiempo parcial, cuya especialidad eran las «cajas de maderas finas delicadamente forradas» o los talleres «El Arte», de Miguel Gutiérrez, donde lo mismo se podía encargar una hermosa lápida con el relieve del Cristo de la Expiración, que una pulida encimera para la cómoda de la alcoba.

Las renombradas frutas y hortalizas de las «huertas del poyo» –las de «los Cuernos», «la Moriana», «del Pariente», «de la Calatrava»...– regadas con el remanente de las fuentes públicas y las aguas residuales de la ciudad plácidamente estancadas en sus albercas, llevaba en su denominación de origen mortíferos gérmenes que acababan matando a la chita callando.

Las frías y cristalinas aguas de los raudales de la Magdalena, Santa María, la Audiencia..., llegaban a las fuentes públicas y a las casas que gozaban del privilegio de «agua corriente», a través de lóbregas mina y larguísimos repartidores compuestos de atanores de cerámica basta, bien transitados por ratas, sabandijas e incluso repelentes «bichas» gruesas como un brazo, con alguna que otra infiltración de las «madres comunes».

Las callejuelas estrechas, huérfanas de sol las más de las horas y escasamente ventiladas, no eran precisamente muy salutíferas que digamos. Y las inmensas casas de vecinos, con su polivalente lavadero-fregadero y su comunal pozo negro, finamente nominado como «excusado», algo ponían de su parte.

En aquel sombrío panorama, solo descollaron dos voces altisonantes empeñadas en mejorar las cosas.

De un lado, el insigne boticario don Eduardo Ortega Navarrete que abanderó campañas serias, rigurosas y metódicas para erradicar los malos hábitos y costumbres en que tenían origen no pocas de las enfermedades que diezmaban a la población. Convencido de la imperiosa necesidad de aplicar los avances de la microbiología a la higiene pública y a la policía sanitaria en aspectos como la vivienda, la alimentación, el alcantarillado, se desgañó advirtiendo «...que como las colonias microbianas que pueblan el aire no alcanza nuestra vista a descubrirlas, permanecemos indiferentes y ni nuestro espíritu se sobrecoge, ni se adoptan medidas para hacerlo higiénicamente

respirable. Si por nuestros ojos apreciáramos estas falanges microscópicas que pululan en la atmósfera que nos envuelve, capaces de ocasionar epidemias que llevan el luto y la desolación al vecindario, seguramente clamaríamos pidiendo medidas....»

De otro, el médico don Eloy Espejo y García, desde su condición de Decano del Cuerpo Médico de la Beneficencia Municipal, redactará y elevará a la autoridad gubernativa no pocos y sesudos informes sobre el estado higiénico-sanitario de la capital, insistiendo en que con «... sus continuas e irresponsables infracciones, el aire, el suelo y las aguas de Jaén se saturan de gérmenes morbosos que determinan una mortalidad espantosa, pues Jaén figura entre las primeras capitales de mayor mortalidad de España, siendo así que debería aparecer entre las mas salutíferas....»

Y en estas estábamos, cuando en Jaén hace su aparición el temible jinete apocalíptico del siglo XIX, el cólera morbo.

Esta mortífera enfermedad, originaria de Asia, se va a difundir en España con la llegada de militares extranjeros que acuden para reforzar los ejércitos carlista y cristino, durante la cruenta guerra civil que asoló nuestros pueblos, villas y ciudades en los años 1830 a 1837.

El primero en dar la voz de alarma sería el obispo don Diego Martínez Carlón, que en una Exhortación Pastoral advertía sobre sus peligros y la facilidad de contagio, esbozando una serie de consejos preventivos y medidas prácticas, tan bien intencionadas como inoperantes, para atajar el mal. Persuadido de que el cólera morbo no era sino el reflejo tangible de la cólera divina ante los «modernismos» que se estaban imponiendo en la sociedad, proponía combatirlo evitando la embriaguez, la inmodestia en el vestir, los bailes profanos, el desprecio de la Religión y sus ministros... Y como más vale prevenir que curar, aconsejaba a los sacerdotes que a la hora de administrar los últimos sacramentos a los contagiados, lo hicieran con brevedad, evitando cualquier contacto directo con el enfermo e incluso esterilizando someramente los útiles litúrgicos empleados.

Nos se hizo esperar el cólera y en la primavera de 1834 llegó su temida invasión. El Ayuntamiento dictó las consabidas medidas sanitarias en uso desde el siglo XVI y solicitó informe a los dos médicos de la Junta de Sanidad, don Carlos Pérez y don Cipriano Mora, que lamentaron carecer de datos científicos sobre el tema, opinando que el origen del mal estaba en «...el cambio eléctrico que sufre el aire...» y asumiendo su importancia y supina ignorancia, recomendaron un tratamiento tan simple y barato, «...evitar los arrebatos de genio, el miedo y toda pasión de ánimo y sobre todo, no abusar de Venus.....». Con

tan elemental terapéutica, complementada con el viejo recurso de quemar ropas y enseres de los fallecidos, fumigar las viviendas y forrar de hule el féretro de caridad o «caja de Ánimas» en que se trasladaba a los muertos al cementerio, «... por ser el hule material susceptible de percibir las miasmas del contagio...», la cosa se saldó con tan solo trescientos fallecimientos.

Como el cólera amenazaba con repetir, se empezó a buscar más adecuada prevención. El médico don Vicente Orti y Lara avanzó un notable estudio clínico sobre la cuestión y el Gobierno Civil pidió a los doctores don Antonio Aguilera, don Juan Miguel Nieto, don José María Ruiz y don Antonio Puche, la elaboración de un sesudo estudio que sirviera de base para diseñar un adecuado plan de policía sanitaria en caso de que volviera a presentarse la epidemia.

En este estudio se proponía la instalación de férreos «cordones sanitarios» en las puertas de la ciudad para evitar la entrada de forasteros procedentes de ciudades infectadas, la instalación en cada distrito o barrio de hospitalillos dotados de médico, boticario y sangrador y más que nada, la reforma de las costumbres, «...pues la moralidad tiene extraordinaria influencia en el buen éxito de la curación de los males y con más razón en el cólera...»

Como tratamiento, los médicos y boticarios de la ciudad, luego de celebrar no pocas consultas y contrastar experiencias y pareceres, aconsejaban el preservarse del frío y la humedad; comer poco; beber el vino aguado; no abusar del agua, e ingerir mañana y tarde una tacita de te bien cargado.

Caso de enfermar de cólera, proponían guardar cama y dieta absoluta y beber solo pequeñas dosis de agua de arroz mezclada con jarabe de goma o malva-visco. No estaba de más, aseguraban, promover la sudoración del enfermo, aplicar baños de vapor, emulsiones de agua con te, cardo-santo, borraja y jarabe de culantrillo y administrar algún que otro sinapismo o cataplasma de mostaza y agua.

Si hiciera falta, —¡que lo haría!— se procedería a un sangrado en el brazo, «generoso y sin miedo», a la aplicación de sanguijuelas —al menos una docena— en el ano o en el epigastrio y a la administración de generosa lavativa de cocimiento de linaza o agua de almidón opiada.

Si con enérgico tratamiento la enfermedad no cedía, habría que intensificar la acción aplicando al cuerpo del enfermo trozos de hielo, someterlo a enérgicas frías con jaboncillo amoniacal alcanforado, suministrarle otra sesión de sinapismos, aplicarle cantáridas a lo largo de la columna vertebral y colocarle en los pies ladrillos calientes o mejor aún, botijas de agua «poco menos que hirviendo».

Como era posible que no llegara la mejoría tras estos remedios, habría que pensar que el enfermo ya no tenía remedio y convenía llamar a la parroquia para que dieran el «santolio». Aunque cabía un último recurso: provocar la «estimulación externa irritando vivamente la piel», avivar la refrigeración interna haciéndole ingerir buena dosis de trocitos de hielo y aplicar copiosa lavativa de agua con vinagre, dejando luego descansar al enfermo de tantas perrerías, eso sí, bien abrigado con mantas aunque fuese pleno mes de agosto y estuviésemos en Jaén.

Indudablemente, si el pobre enfermo no la espichaba con tales tratamientos, su curación era segura. Y los señores médicos y boticarios de la Comisión Facultativa así lo advertían con esta luminosa conclusión: «...Sucede muchas veces que el enfermo, ayudado con tan simples y enérgicos recursos médico-farmacéuticos, logra salir del periodo álgido y entonces renacen las esperanzas de curación...».

Aunque para asegurar ésta, consideraban no estaba de más una postrera aplicación de sanguijuelas en el epigastrio, el ano o detrás de las orejas y en el trayecto de la yugular; administrar bebidas refrescantes y aplicar vejigatorios en los brazos, muslos y piernas, coronando la cabeza con una bolsa de hielo.

Iniciada la convalecencia como cabía la posibilidad de que las diarreas del cólera se transmutaran en estreñimiento, era ocasión propicia para unas últimas lavativas de cocimiento de linaza o malvavisco.

En mi modesta opinión, entiendo que cabe la posibilidad cierta de que nuestros antepasados ante el temor justificado de que se le aplicaran tales tratamientos, se resistieran al contagio. Aunque tampoco esta segunda invasión del cólera morbo se saldó sin trágico balance, porque entre agosto de 1854 y octubre de 1855 hubo 521 víctimas.

Se habían reactivado por entonces las actividades de la Academia de Medicina, Cirugía y Farmacia de Jaén y los facultativos agrupados en ella dedicaron varias sesiones a redactar un estudio sobre el cólera y su tratamiento.

De entrada no llegaron a ponerse de acuerdo en cual era el origen cierto de la enfermedad. Para unos, el cólera lo motivaba «la agitación del ánimo y la falta de método». Otros seguían insistiendo en que el mal se debía «al campo eléctrico que sufre el aire». Y todos eran de la común opinión de que «...el cólera, como toda epidemia, es el castigo que Dios manda a los pueblos...»

En sus conclusiones, luego de analizar las estadísticas, establecieron que la mayoría de las muertes se producían en calles estrechas, umbrías e insalubres; que

el porcentaje mayor de defunciones pertenecía a la «clase media» y que quienes estuvieron en contacto más directo con los enfermos no llegaron a contagiarse.

Como añadidura al informe, cada uno de los médicos ejercientes en la capital, explicó su recetario, que era para echarse a temblar.

Don Benito García de los Santos, el gran amigo de Jaime Balme, que además de médico ejercía como profesor de Ciencias Naturales en el viejo Instituto de la Calle Compañía, se mostraba partidario de la aplicación de sanguijuelas en el ano, de rodear al enfermo de sacos de arena caliente, y de suministrarle cataplasmas de miga de pan, huevo y azafrán, además de buenos tazones de horchata de bellota.

Don Vicente Tejada, aconsejaba el empleo de buenas tacitas de vino de Ribeiro, limonada vinosa, limón con aguardiente y si acaso aplicaciones de sanguijuelas.

Don Gabriel de Bonilla recomendaba, además de las sanguijuelas, los untes con aceite de alacranes alcanforado, al provocar abundante sudoración y utilizar cumplidamente las «gaseosas de papelillo».

Don Francisco Callejón, director del Hospital de San Juan de Dios, creía que con la reiterada aplicación de sanguijuelas sobraba y bastaba.

Don Pedro Bachiller y don José Luis Balguerías se decantaban por las infusiones variadas y los sinapismos.

Y don Manuel Silva, otro médico pluriempleado, pues también ejercía como catedrático de Matemáticas en el Instituto, era partidario sólo de atajar el mal provocando en el enfermo copiosos sudores.

Afortunadamente los trabajos del alemán Roberto Koch consiguieron identificar el «bacilo coma» origen del temido «cólera morbo». Y las investigaciones del bacteriólogo español Jaime Ferrán y Clúa dieron por resultado la aparición de una eficaz vacuna que mereció los elogios de los seis médicos de nuestra Beneficencia Provincial y su pronta dispensación en las farmacias.

Con todo, en el verano de 1885, con las aglomeraciones de la Feria de Santa María de Agosto, el cólera volvió a invadir Jaén.

Pero ahora las cosas habían cambiado, Don Eloy Espejo García, se batió el cobre con el Ayuntamiento y con la decidida colaboración del obispo don Manuel María González, trabajó para inculcar una nueva mentalidad, un nuevo modo de actuar ante el cólera, dejándose de ingenuidades y de remedios milagrosos y siguiendo la máxima de «a Dios rogando y con el mazo dando», compaginó las rogativas públicas a N. P. Jesús y a la Virgen de la Capilla con la instalación

de un hospital de coléricos en el amplio y ventilado edificio de «La Fundación», junto al Portillo de San Jerónimo.

Y allí, luego de identificar en los posibles contagiados el origen cierto del mal, se dedicó primero a estabilizar a los enfermos sin aplicar tratamientos mortificantes como los que antes hemos comentado y luego a suministrar la medicación adecuada.

Admitió a regañadientes los remedios clásicos de los baños de vapor, el uso de caloríferos, las fricciones tonificantes y en sus justas dosis aplicó las infusiones aromáticas calientes, el café con ron, coñac o aguardiente y otros añejos recursos, con la administración de láudano, subnitrito de bismuto, cocimiento blanco diascordiado, inyecciones de éter, cloruro y clorhidrato mórfico, fenato, bromhidrato y sulfato de quinina, así como enemas de quina y quinina con café ... Y llevo a la conciencia de nuestros abuelos la imperiosa necesidad de extremar las medidas de higiene y salubridad doméstica.

A su vez, el obispo González y Sánchez interpuso su autoridad pastoral para que el pueblo llano y aun un amplio sector del clero abandonara prácticas inoperantes y supersticiosas condenando las cruces y jaculatorias sanitarias y los populares «preservativos espirituales ante el contagio», insistiendo en que las rogativas para impetrar el favor del cielo, debían ir unidas a la confianza ciega en la Medicina y la Ciencia.

Pese a todo, la mortalidad en esta última epidemia fue muy alta, pues según las fuentes las muertes oscilaron entre las 600 y 800.

Aunque por supuesto hubo quienes se resistieron a admitir la autoridad de los facultativos. Entre ellos el propio señor alcalde don Juan José de Bonilla y Forcada, hombre muy leído y viajado y muy dado a imponer su santa voluntad, al que el pueblo amotinado y azuzado por el pícaro de don Eduardo Claver, el yerno del poeta Bernardo López, le organizó un sonado «escrache» por considerarle el culpable de la virulencia de la epidemia.

El señor Bonilla y Forcada, en aquellos días, renegó de médicos y boticarios y se empeñó en aplicar su propia terapéutica. Se aisló en su casa de la calle de los Peñas y a quienes le visitaban les administraba una cumplida fumigación con un aparatejo de su invención y les ofrecía unas pildoritas de colorines de las que había hecho provisión en una de sus visitas a París de la Francia, asegurando que eran infalibles para salir indemne del cólera. Y es que don Juan José de Bonilla era muy adepto a la medicina homeopática. Aunque no siempre su peculiar farmacopea tuvo éxito, pues en cierta ocasión, estando su única hermana cantado las diez de últimas, presa de un «cólico miserere», el listo de

don Juan José, en connivencia con el médico de cabecera, le hizo tragar una ración de balas esféricas en la seguridad de que la digestión de tan férreo fármaco favorecería el tránsito intestinal y eliminaría la dolorosa oclusión. Claro que la pobre señora, entre la oclusión intestinal –vulgo «cólico miserere»– y la digestión de las balas, en lugar de aliviar su mal acabó –dicho sea con todos los respetos– reventando como el Lagarto de la Magdalena. ¡Santa gloria haya!



Interesante y documentadísima, a la vez que amena esta intervención de Manolo que, unida a otras muchas de años anteriores conformarían una atrayente e interesante publicación.

Cuando comenzábamos a tomar el café de sobremesa, acompañados de productos típicos de Jaén, los dulces de las Carmelitas Descalzas y el Anís Castillo de Jaén y Crema de Café de las Destilerías de Ángel Tirado, nuestro vicepresidente, Juan Cuevas Mata nos fue distribuyendo a todos, como recuerdo de esta XXXVI Cena Jocosa, un grabado calcográfico, nominado «Olivo», realizado con todo esmero para esta ocasión, por su esposa Carmen Cachinero Venzalá, en edición numerada de cuarenta ejemplares y llevada a efecto siguiendo el procedimiento tradicional de la técnica, tal y como explica el pergamino que la acompaña

Asimismo y a continuación, fue repartido entre los asistentes el documentadísimo libro *El Bombardeo de Jaén*, obra del ya dicho Juan Cuevas Mata.

Apenas se había realizado este reparto, cuando Domingo Moreno Medina se levantó y dirigiéndose a los asistentes, ofreció para cuando fuera necesario, las instalaciones de «Cruz Campo», antiguo «Alcázar», para realizar allí alguna de estas cenas, como de igual forma, invitar a la Asociación a visitar las instalaciones cuando sea tiempo conveniente.

Eran ya casi las dos del nuevo día, veintitrés de noviembre, cuando nuestro Prioste procedió a realizar la intervención final del acto, en la que dijo:





Ángel Aponte, Pedro Jiménez y José M^a Pardo



María Jesús Oya, Arturo Vargas-Machuca y Juan Higuera



Pedro A. Ruiz, M.^a Isabel Sancho, Dulcenombre Jiménez y Ángel Viedma



Amigos: ¿Por qué las cosas gratas y agradables duran tan poco? Con pena lo digo, pero el tiempo, desgranando sus horas nos marca y con sentimiento, hemos de ir poniendo fin o remate a esta querida velada, de sabores tan íntimos y satisfactorios que en amor a nuestro Jaén un año más nos ha unido.

Son horas gratificantes las que se suceden y que en su devenir van marcando un hito más, en la ilusionante tarea, que hace treinta y cinco años iniciamos y que se encuentra fortalecida por el espíritu de supervivencia que a todos nos anima. De nada serviría la iniciativa y el tesón de unos, si no estuviera acompañada y ayudada del querer de todos.

Porque de rigor es y así debe ser, demos las gracias hacia aquellos que de forma mas acentuada colaboran en que todas estas cosas se hagan realidad.

Sea en primer lugar y principalmente, a María Jesús Oya Amate, Presidenta de la Cooperativa, por su exquisita disposición a ello. A su Junta de Gobierno y a Antonio Guillén, Gerente de la Empresa, por las atenciones tenidas. Gracias por el inestimable favor que nos habéis hecho, al poner a nuestra disposición estas modernas instalaciones para el asiento y desarrollo de esta velada o Cena Jocosa que se nos acaba. Gracias de corazón. Muchas gracias.



María Jesús Oya Amate, presidenta de la Cooperativa, haciendo entrega de una placa conmemorativa de esta Cena a Pedro Casañas Llagostera, Prioste de la Asociación Amigos de San Antón

Reconocimiento muy cumplido a Carmen Cachinero Venzalá por el regalo-recuerdo de esta Cena, que con tanto cariño y esmero ha realizado.

No podemos dejar de mostrar gratitud a Pedro Cruz Casado, por su eficiente quehacer en la preparación y maquetación de las Crónicas. A Domingo Moreno Medina, por cuanto supone el que pueda hacerse realidad la edición de las mismas. A José Manuel Arias de Saavedra, por su amable disposición a ser el Cronista de este año. A Pepe García, a Juan Espinilla, a Juan Cuevas, en fin, a todos vosotros por vuestra presencia, colaboración y aliento, que hacéis posible que se mantenga vivo el espíritu que conforman estas Cenas, estos anuales encuentros que tanto confortan en el amor a Jaén que profesamos.

En esta ocasión, además de irnos gastronómicamente satisfechos, nos vamos impregnados de este hálito salutífero que desprende el ambiente en que nos encontramos. Esperemos que este hálito nos conforme y ayude en las dolemas que los años nos van marcando. Creo que antes de salir esta noche, debiéramos hacer unas profundas inhalaciones junto al arsenal farmacéutico que aquí existe, para que sus efectos nos reconforten y vigoricen.



Pedro Cruz, Ángel Aponte, Pedro Jiménez y José M^a Pardo



José García, Adelaida García y Luis Berges



En primer plano Alfonso Parras Martín

Y ya, antes de decir adiós, con vuestra venia, pues así viene siendo costumbre, os pido que soportéis cuatro cuartetos, que tienen la particularidad y una rima tan rima, que sus dieciséis versos acaban en cuatro letras iguales. Ahí van con vuestro permiso:

*A vosotros, mis amigos de San Antón alerta,
que aunque me sienta mayor, me veo despierto
y si a veces algo cansado, mis afanes concierto
ya que en estos temas cenantonianos, soy experto.*

*A todos manifiesto y podéis darlo por cierto
que en este menester, todo lo que puedo invierto
y si en alguna ocasión cometiera desacierto
pensad que estaría ya muy cerca de lo yerto.*

*Ante ello, con toda sinceridad os advierto,
que mientras de mis males me sienta liberto
y nuestro Santo Abad me mantenga con acierto
de todos estos afanes, seguro que no deserto.*

*Por eso, a vosotros mis amigos os diserto,
que año tras año, tendremos nuestro cubierto
que para todos y a la honra de Jaén oferto
con la veracidad y amor, de mi corazón abierto.*

*Bien amigos, ahora si que acabamos: Que la paz, la concordia y la fraternal
amistad que en el amor a Jaén nos ha unido en esta Cena del año 2013, vuel-
van a ser protagonistas de la Cena Jocosa del año 2014.*

Por último y como es tradicional, puestos en pie, entonamos «con el corazón desbordado», el Himno a Jaén, letra de Federico de Mendizábal y música de Emilio Cebrián Ruiz

Y tras las oportunas despedidas, con las retinas y los oídos llenos de amigables y gratos recuerdos, nos dispusimos a volver a nuestras casas, a nuestros quehaceres cotidianos con la ilusión puesta en la celebración de la próxima XXXVII edición de la Cena Jocosa.





San Antonio Abad, en la c/. San Antonio. Amberes (Bélgica)
Foto de Javier Casañas



Addenda

de otras interesantes cosas, que por falta de
tiempo no pudieron decir tres amigos de
San Antón en el transcurso de la Cena



Pedro Casañas Llagostera
Juan Antonio López Cordero
Antonio Martos García



De boticas y boticarios

PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA



Estas intervenciones al comienzo y final de nuestra Cena, hicieron que renunciase a leer estos folios, dando paso a las que se insertan en esta Crónica. No obstante, por el tema a tratar y lugar de acomodo, he pedido se inserten en esta *Addenda*. Con mucho gusto los hubiera leído y es como sigue.

En atención al lugar en que este año celebramos nuestra ya tradicional velada, me permito, con la venia de ustedes, ofrecerles unas pequeñas notas, añejas por supuesto, y todas relativas a sabores boticarios, aunque su mayoría de carácter anecdótico, que de forma casual fueron llegando a mis fichas, a través de esa ilusionante tarea de buscar y husmear en nuestros Archivos.

En estos afanes y por mi condición de curiosón, no he dejado nunca escapar y tomar nota de cualquier asunto o referencia que afecte en cualquier manera a nuestra ciudad de Jaén. Gracias a ello, hoy puedo ofrecerles algunos datos y curiosidades sobre la temática boticaria o farmacéutica.

Lo hago cronológicamente y el primer dato que ofrezco es del s. XVI, encontrado en el Archivos Histórico Municipal de Jaén. Es el dato más primario de interés sobre esta temática. Me refiero a la Real Cédula otorgada en Valladolid el 20 de julio de 1523 por «*Don Carlos por la divina clemencia, Emperador semper augusto, rey de Alemania, Doña Juana su madre, e el mismo D. Carlos su hijo...*».

El contenido de la misma, recordando la pragmática de los Reyes Católicos, se concreta en las advertencias y sentencias referentes a los Prothomédicos examinadores de médicos, cirujanos, boticarios y especieros indicando «*que de*

muchos años a esta parte, ha habido muchas quejas de personas pobres que son cohechados y fatigados por el uso que de estos oficios se hacen, otorgados a personas sin ser examinados, los cuales venden cosas sin tener licencia para ellos y que en lo sucesivo se observe lo prevenido en la pragmática que los señores reyes nuestros abuelos, sobre examinar a físicos, cirujanos y boticarios en sus boticas y medicinas conforme a la dicha pragmática».

De suponer es que se corrigiesen los abusos aludidos, aunque con el tiempo no siempre ocurre así, las cosas se van relajando y a veces en un orden y a veces en otro, hasta los mismos bien examinados, no todos, pueden incurrir en excesos o abusos de otro carácter.

Ya en el siglo XVIII, una prueba de ello, lo tenemos en lo que reflejan las actas municipales de 17 de marzo de 1616, con el acuerdo de formar una muy cumplida comisión integrada por el Corregidor Don Rodrigo de Tordesillas, su Alcalde Mayor el Dr. Don Alonso Noguera, los Caballeros Veinticuatro Don Gaspar de Viedma y Don Fernando de Vera, los médicos el Dr. Alonso de Freylas y el Licenciado Urbano, asistidos por los letrados de la ciudad, para que se estudien y formen unas ordenanzas, para prevenir de remedio *«Que a los Boticarios se les ponga orden y tasa en las medidas y preparados de ungüentos, bálsamos, aceites y purgas, respecto de los excesos que reciben los vecinos en los precios que les llevan».*

Por unas razones, sinrazones o por otras, siempre anda de por medio el «mardito parné» en los afanes y devenires de la vida.

En el siglo XVIII, sólo tengo registradas tres boticas que corresponden a los boticarios Juan de Dios Salcedo, Antonio de Leiva y Francisco Javier Baena, aunque naturalmente habría algunas más no detectadas por mi.

Si entramos en el siglo XVIII, encontramos con más fluidez los nombres de boticarios y lugares de ubicación de sus boticas, que curiosamente, algunas vienen a coincidir con lugares muy exactos con farmacias actuales.

Sean por ejemplo: la botica de Manuel Cabello, en 1751, en la calle Maestra Baja *«frente al hondón de la calle Campanas de Santiago, haciendo esquina a la calle de las Palmas».* La de Juan de Dios de la Serna, en 1772, en la plaza de San Francisco. La de Juan Máximo de la Blanca, en la Puertezuela de San Ildefonso. La de Miguel Juste Monteblanco, en la Carrera. La de Antonio Aranda Valverde, en la calle Maestra. La de José Martínez Bellido, en la plaza de la Audiencia. La de Pedro José Galán, en la calle Maestra Baja *«en las Herrerías y que antes estuvo en Los Caños de San Pedro».* La de Tomás Francisco Javier de Andújar, en la calle Maestra Baja, como asimismo las autorizaciones de abrir boticas a José Eugenio González

el 12 de agosto de 1743, a Francisco Javier de Avendaño, el 14 de diciembre de 1744 y a Luis Andrés Rodríguez de Rivera, el 29 de julio de 1746.

También observamos en septiembre de 1733, la venta que se hace de una Botica por los Herederos de Manuel de Arredondo y Vilchez, a José Martínez Bellido, en la cantidad, nada despreciable en aquella época de 10.832 reales de vellón.

Sobre abusos en el ejercicio o sobre intrusismo, volvemos a tener noticias por la Orden de 31 de marzo de 1722, dirigido a los Boticarios, Cirujanos y Sangradores, *«Exigiendo que deben exhibir sus correspondientes títulos a la autoridad, por las quejas recibidas sobre abusos e intrusismo en estos oficios, pues algunos ejercen el oficio sin examinarse y sin tener la correspondiente autorización de la ciudad»*.

Encontramos también una Real Orden de 13 de marzo de 1650, donde se declaraba por Científico el Arte de Boticario así como el de Medicina.

No quiero dejar pasar el pleito que mantiene y que gana, el Maestro Boticario, con establecimiento en la calle de San Clemente José Jiménez de Palma, socio de la Real Sociedad Médica de Nuestra Señora de la Esperanza, de la villa de Madrid, en reclamación que hace el Ayuntamiento, por haber sido designado por los vecinos del barrio de San Ildefonso, como Alcalde de Barrio para el año 1779, alegando los privilegios de que gozan los Boticarios de no poder ejercer este cargo, basándose en todo lo que disponen las Reales provisiones, Cédulas y Decretos sobre privilegios expedidos por el Real Consejo en los años 1650, 1689, 1708, 1721, 1734 y 1738.

El Corregidor y Justicia Mayor D. Pedro Antonio Boldo García, por decreto de 15 de diciembre de 1778, ante el Escribano Juan Alejandro de Bonilla, que fue el que en nombre del Boticario hizo la reclamación, anuló el tal nombramiento de Alcalde de Barrio.

Antes de finalizar el siglo XVIII, anoto como curiosidad la autorización que hace el Ayuntamiento para abrir Botica a Tomás Francisco de Martos, señalando estos pormenores: *«Que es hombre de buena estatura, con cicatriz en el brazo derecho, parte de afuera, poco más arriba de su muñeca y de pelo castaño y que había practicado el arte Boticario con maestros aprobados los cuatro años tal como Su Magstad manda»*.

Y entrándonos en el siglo XIX, encontramos el 4 de junio de 1805, que el Boticario con Botica en Jaén José Jiménez Laguna, fue designado por la Junta Superior Gubernativa, Visitador General para todas las boticas de Granada y su provincia, dejando su botica en Jaén a Bartolomé Domínguez, Maestro Boticario, al cargo de su Botica durante el tiempo que dure su ausencia.

También a principio de este siglo, vemos la venta de otra Botica por Vicente Herrera a Manuel de Abril *«que ha determinado venirse a vivir a Jaén»*, en la suma de 13.500 reales de vellón. Aquí apreciamos el incremento que va tomando la venta de Boticas, en relación a la venta que anteriormente aludimos.

Hago relación del boticario Luis de las Parras y Ramírez de Aguilar, que el Ayuntamiento le otorgó licencia de apertura el 8 de febrero de 1879, instalándose en la calle Maestra Baja, en el lugar que hemos llamado de la Cárcel Vieja, esquina a la calle Ropa Vieja y que con el tiempo la hemos conocido como la Farmacia de Eufrasio de los Ríos. Pues bien, en esta Botica ocurrió un desgraciado accidente el día 20 de mayo de 1882. La regentaba naturalmente el Sr. de las Parras. El dato lo tenemos por un acuerdo del Ayuntamiento de 3 de junio del mismo 1882: *«Se dio cuenta del incendio ocurrido en la Botica de Luis de la Parras, habiendo perecido en el mismo por asfixia o causa de las llamas, el dependiente de la Botica Antonio García, joven apreciable y digno de toda consideración, acordándose que el Ayuntamiento se hiciese cargo de los gastos de entierro y funeral»*.

El caso que más ha llamado la atención sobre el particular farmacéutico en el siglo XIX, es el gran expediente que promueve el Boticario Juan Bautista de Morales y Arizcum. Este señor había tenido Botica abierta en Loja, y por la razón que fuere, viene a establecerse en esta ciudad, adquiriendo para ello una farmacia que había en la plaza de la Audiencia y allí mismo monta un negocio de Farmacia y Droguería de gran envergadura.

Para inicio de ello, visita al Subdelegado de Farmacia Rafael Martínez, con botica en la calle Hurtado, invitándole a que visite el establecimiento que se está montando y allí le mostraría el título que le acredita. Pasa algún tiempo y el Sr. Subdelegado no le visita y a la vista de ello, abre su negocio al público y, pasados tres meses, el Subdelegado le comunica el cierre del establecimiento. Ante ello, el Sr. de Morales envía sendos escritos al Gobernador Civil y al Alcalde de la ciudad, manifestando:

«Que he estado esperando la visita del Sr. Subdelegado y no solamente no se dignó a hacerlo, ni tan siquiera mandar por el título o que con el mismo me presentase en la subdelegación, siendo necesario y obligatorio que el Subdelegado debe asistir a la apertura. Y así me ha tenido tres meses sin esta visita, a lo que a la vista de ello abrí el establecimiento creyéndome en el derecho de ejercer mi profesión, haciendo así favor al público por la pulcritud, aseo y buen desempeño, lo que motivó el celo del Sr. Subdelegado, que dirigió escrito al Alcalde denunciando el nuevo establecimiento y ami como su representante como infractor de las Ordenanzas de Farmacia y Droguería. Por esta circunstancia, mi honra y mi porvenir, andan de boca en boca, dudándose si seré farsante o un profesional autorizado, causándome atropello así y no se me hace justicia, cuando los intrusos en la ciudad continúan ejerciendo».

Se ve que los escritos tuvieron el apetecido eco y así el 18 de diciembre de 1867, el Sr. Subdelegado de Farmacia, envía al Alcalde el siguiente escrito: *«Que dejando a un lado las inconveniencias del escrito presentado por el Sr. Juan Bautistas Morales, y ajustándose perfectamente a las Ordenanzas vigentes de Farmacia, debe autorizar la apertura de su Farmacia, pues así lo previene el Artículo quinto de las mismas, clara y terminantemente».*

Junto al escrito anteriormente reseñado dirigido al Gobernador Civil y al Alcalde, lo acompaña con el plano del establecimiento y de un librito de dieciséis páginas donde van relacionados los más de mil trescientos artículos que tiene a la venta. Se acompaña fotocopia de la portada, que refleja la variedad de elementos comerciales como la calidad personal que debería tener el Sr. Morales.

Llama la atención entre los artículos a la venta, las dieciséis referencias a aceite, treinta y nueve de ácidos dieciocho de acetatos, dieciséis de bálsamos, cuarenta y nueve de extractos, setenta y cinco de polvos, cuarenta y tres de raíces y veinticinco de ungüentos.

En cuanto a artículos que se destacan por su extraño nombre y posible aplicación encontramos: *Ojos de Cangrejo, Aceite de yema de huevo, Vinagre de los cuatro ladrones, Extracto de diente de león, Fuego español, Granos de salud de Franc, Hígado de azufre, Jarabe de médula de vaca, Momia de Egipto, Panacea Sweins, Piedra Divina, Polvos de Semen y Ungüento de la mano de Dios, entre otros, de los cuales destaco las diferentes formas en que se ofrecen los Cuernos de Ciervo: en trocitos, calcinados, raspados, en polvo, en esencia o en espíritu.*

No se que explicaciones tendrían los preparados con estos extraños nombres. De los Cuernos de Ciervo, si he leído que en el mundo espiritista son símbolo de sabiduría y conexión con el cielo. También, que son símbolo de virilidad y fertilidad, pues en los mismos se encuentran una serie de factores androgénicos que se activan con la acción de la testosterona. Por otra parte y en el entender general, todos sabemos el sentido amplio que se da a estas astas o cornamentas. Sin comentario.

Como final de este siglo XIX, hago relación de farmacéuticos en ejercicio que saco entre mis fichas: en 1805 ya existía la farmacia de Bernardo Vasallo, en la calle Hurtado. - José Jiménez Laguna. - Bartolomé Domínguez. - Vicente Herrera. - Manuel de Abril. - Nicolás Rey, en la calle Maestra, esquina a la calle Colegio. - Enrique Roldán Yáñez, en la plaza de la Audiencia. - Emilio Fernández Molina, en la Carrera, 16. - Rafael Sánchez Sánchez-Cañete, en la calle Maestra Baja. - Luis de la Parras y Ramírez de Aguilar, en Maestra Baja. - Francisco López Calatrava, a la calle San Clemente, 32. - Francisco Ríos Puche. - Hilario Bares

LABORATORIO Y FARMACIA CENTRAL

DE

DON JUAN BAUTISTA MORALES DE ARIZCUM,

LICENCIADO EN FARMACIA, EN MEDICINA Y CIRUJA, EN LETRAS, ETC.

Calle Maestra baja ó Plaza de la Audiencia, núm. 59.

JAEN.

CATÁLOGO EL MAS COMPLETO DE LOS PUBLICADOS EN ESPAÑA.

PRECIO CORRIENTE (SALVO VARIACION);

pero siempre igual al mas barato del País.

Droguería: botica: fotografía: pintura y tintore-
ría: pirotécnia: tocador: especialidades: objetos
de goma y cristal.

	Rs. cts.		Rs. cts.
Aceite de almendras dulces, libra.	7	Aceite híg. de bac.* de Jonh, p. fr.	18
" " de segunda calidad.	6	" " de la Farcia. nl. g.	24
" de almendra amarga . . .	7	" " " pequeño.	16
" de cuerno de ciervo . . .	16	" " " de Chabrier ferso.	28
" de avellanas	9	" de ladrillo, libra	9
" de cacao (manteca) . . .	16	" de linaza	3
" de carralejas	10	" de nueces	7
" de croton-tiglio, onza . . .	5	" de nuez moscada.	32
" de euforbio, libra.	7	" de olor, en frascos variados.	
" de hígado de bacalao. . . .	6	" de petróleo medicinal. . . .	10
" " " blanco	8	" de ricino reciente	5
" " " de Berthé, frasco.	14	" de sésamo de primera. . . .	4-50
" " " desftado. de Cha-		" de trementina graso. . . .	4
" " " brier.	24	" de yemas de huevo, onza. . .	8
" " " blanco id.	36	" volátil de ajenjos.	10
" " " puro de Hoog, gr.	40	" " de almendra amarga	17
" " " pequeño.	24	" " de anís verde	10
" " " de Perasonne, gr.	24	" " de id. estrellado.	7
" " " pequeño.	14	" " de cantueso	5
" " " de Jonh, grande	34	" " de azahar.	30

Heredia, a la calle Maestra Baja, 109. - Francisco López Calahorra, a la Plaza del Mercado. - Ramón de la Higuera, a la Carrera, 20. - Manuel Suca Escalona, a la calle Ramón y Cajal, a más de otros varios que seguro hubo y que lamento no tenerlos incluidos en mis fichas.

Farmacéuticos del siglo XX no hago relación ya que en la mente si no de todos, sí de muchos de los presentes tienen recuerdo de ellos, y sólo voy a hacer mención por el carácter extraordinario que supuso la apertura de una farmacia en Jaén regentada por una mujer. A mi entender, creo que es la primera mujer farmacéutica que ejerce en nuestra ciudad, concretamente a partir de 1935. Y para detalle de ello, transcribo la reseña de sociedad publicada en el diario *Eco de Jaén* de 5 de abril del dicho 1935.

Nueva Farmacia.- Ayer a las siete de la tarde se inauguró la nueva farmacia que ha establecido en esta capital, la señorita María García Jiménez, Licenciada en Farmacia, en la casa número trece de la plaza de San Antonio. Estaban invitados médicos y profesores de nuestra ciudad, así como la prensa local, que pudo hacerse cargo de la magnífica instalación de dicho establecimiento que honra a la población de Jaén.

La Señorita García Jiménez, ha terminado recientemente las disciplinas de farmacia, recogiendo durante sus estudios bien merecidas notas lo que le ha dado conocimiento que han de resultar en beneficio de la clientela.

La nueva farmacia, en la que se ven al mismo tiempo la gracia femenina que ha presidido la instalación, los conocimientos técnicos y científicos de la señorita García Jiménez, llamarán la atención de todos los que se interesan para el progreso de Jaén.



A las muchas felicitaciones que recibió la señorita García Jiménez unimos las nuestras esperando que coseche muchos éxitos en el desempeño de su función.

A esta farmacéutica y en el mismo lugar, le siguió en su día Tomás Perales Nicás y en la actualidad Gloria Perales Jódar.

También apenas iniciados los años cuarenta de este siglo XX, abrió establecimiento otra mujer farmacéutica, Angustias López Roldán, en la calle Roldán y Marín con el título de Farmacia Nueva. Posiblemente la segunda mujer con farmacia en Jaén.

Me hubiera gustado haber ahondado más en estos temas. Pero en fin, para muestra basta un botón. Muchas gracias.

Farmacopea en los tratamientos médico-quirúrgicos de la montería medieval

JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO

Las diferentes razas de canes empleados en la montería tenían un gran valor para los monteros. Las heridas que recibían en su enfrentamiento con jabalíes y osos, especialmente, eran frecuentes y requerían curas especiales. El tratamiento quirúrgico y farmacológico queda cuidadosamente reflejado en los libros de montería, con el manuscrito anónimo *Tratado de la Montería* del siglo XV y el *Libro de la Montería* de Alfonso XI del siglo XIV, en los que se describen los diferentes tipos de heridas y el tratamiento consiguiente, distinguiendo entre heridas de diferentes partes del cuerpo, su gravedad y solución adoptada en cada tipo según su evolución. Son evidentes las limitaciones que en Medicina y Cirugía existen en esta época, y el desconocimiento real de conceptos elementales en torno a la sepsis, como la asepsia y la antisepsia. No obstante, hay elementos que apuntan a intervenciones básicas en este sentido, basadas en la práctica, como son la limpieza de herida, el estímulo del sangrado que por arrastre limpiaba la herida, la ausencia de sutura en determinados casos de evidente infección, o el uso de plantas y sustancias que tienen cualidades cicatrizantes, antihemorrágicas, antibióticas...; y también conocimientos anatómicos básicos.



El *Libro de la Montería* comienza describiendo en el capítulo II del libro II «la llaga simple que es fecha en la cabeça tan solamente en la carne». Primeramente se ha de limpiar, retirando el pelo de la herida y ser cosida «y encima de la llaga sean echados estos polvos que se sigue. Foja de murta, e fojas de nisporas, e fojas de llanten, e cortezas de palma, e ordion quemado, e boladura de molino, e acienso, e sangre de drago, e rayz de pinta polen, e raça... e sobre los dichos

polvos sean puestas estopas calientes con vino, e remojadas, e bien espremidas, e sobre las estopas mojadas que ponga otras estopas secas e despues que lo aten con una faja, e esto sea fecho cada día una vez»¹.

Desde tiempo atrás en el Al-Andalus existía un amplio conocimiento de las plantas, recogido en diversos tratados de agricultura, como el de al-Muqni' fi l-filaha (*Conocimientos indispensables para la agricultura*), atribuido al geógrafo sevillano del siglo XI Ibn Hayyay, estudiado por Julia M^a Carabaza Bravo², en el que se recogen gran parte de las plantas citadas en los tratados de Montería. Se utilizaban plantas como murta o arrayán (*Myrtus communis*)³ que contiene, tanto en sus hojas como en sus frutos, una esencia aromática fuertemente antiséptica, el Mirtol⁴; el níspero (*Mespilus germanica*)⁵, también por sus propiedades antisépticas y astringentes; el llantén –mediano– (*Plantago media*)⁶ por su poder cicatrizante; y otras también con funciones medicinales como palma o palmito (*Chamaerops humilis*)⁷, drago (*Dracaena draco*), o el uso de vino por las propiedades antisépticas que tiene su alcohol unido a la estopa como material para empapar el drenaje de las heridas. La savia de drago, que se transforma en roja en contacto con el aire («sangre de drago»), se comercializaba debido a sus propiedades medicinales y a

¹ Libro de la Montería que mandó escribir el muy alto y muy poderoso Rey Don Alonso de Castilla y de León, último de este nombre, acrecentado por Gonçalo Argote de Molina, dirigido a la S.C.R.M. del Rey Don Philippe Segundo. Nuestro Señor. Sevilla: Imprenta de Andre Pescioni, 1582, Lib. II. Cap. II, f. 17v.

² Carabaza Bravo, Julia María. «Plantas en Al-Andalus en el siglo XI». *Monografías del Jardín Botánico de Córdoba*, núm. 1. Córdoba: Jardín Botánico de Córdoba, 1994, p. 5-64.

³ El arrayán (*Myrtus communis*) es un arbusto perteneciente a la familia de las mirtáceas, que se caracteriza por sus flores regulares de cinco pétalos y numerosos estambres, y el rudimento del fruto que se sitúa debajo de la flor y no en su seno; de manera que cuando aquél llega a su plena madurez, el cáliz, que suele persistir, lo corona. Se cría en los valles, collados y laderas de todo el litoral mediterráneo, con mayor profusión en tierras húmedas y ricas en elementos.

⁴ Para la descripción y uso de las plantas se pueden utilizar varias guías como: Blanca G., Cabezudo B., Cueto M., Fernández López C. & Morales Torres C. (2009, eds.). *Flora Vasculare de Andalucía Oriental*, 4 vols. Sevilla: Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía, 2011; y Castroviejo, S. (coord. gen.). *Flora ibérica, Plantas Vasculares de la Península Ibérica e Islas Baleares*, vols. 1 a 21. Madrid: Real Jardín Botánico, CSIC, 1986-2012.

⁵ El níspero o mispolero es un árbol de porte pequeño, con hojas muy grandes con frutos muy carnosos en forma de pelotas de golf coronadas por los dientes del cáliz. Tiene un gran valor dietético y medicinal, combatiendo las diarreas persistentes. Son ricos en taninos, conteniendo grandes cantidades de glucosa, minerales, vitaminas C y proteínas.

⁶ El llantén mediano es una planta que posee una larga raíz subterránea. Forma una roseta de hojas aplicadas sobre el suelo, ovaladas o en algunos casos elípticas. Las flores se agrupan en espigas; son blancas y lampiñas. El fruto es una cápsula oval y puntiaguda y contiene de dos a cuatro semillas. Se cría en las praderas secas, con hierba rasa y apretada, generalmente en los claros de los bosques de grandes árboles, en suelos calcáreos.

⁷ Es un bioindicador del piso termomediterráneo y puede llegar hasta los 1.000 metros de altitud. Resiste el frío pero no las heladas fuertes. Es la única palmera que vive en la Península Ibérica de forma natural.

su uso en tintes y barnices.⁸ Era generalizado el uso de vendajes para proteger las heridas y el cambio diario de los mismos.

Cuando la herida en la cabeza era más profunda (cap. III), hecha con «espada o con semejante cosa, que taja el cuero e el hueso» el tratamiento era semejante a la herida simple. En cambio, si la herida se había realizado con piedra o madera (cap. IV) se curaba dos veces al día con un unguento formado de «Rezina de pino e cera, e pez, ... e alvayalde». Si hubiese pus había que añadir una mezcla de «miel quatro onças, auzarote una onça, e farina de yeros (*Vicia ervilia*), media onça». Y si fuese una herida con pérdida de sustancia y se produjese posteriormente una hiperplasia de tejido habría de usarse sobre la herida diariamente una «toma de alumbre [*Peperomia pellucida*] de piedra e un poco de Alvin, e sea todo molido».

Un uso tradicional de la resina de pino ha sido como tratamiento externo para las quemaduras y llagas.⁹ El «alvayaque» o albayalde se usaba como polvos en medicina como antiinflamatorio.¹⁰ Respecto a los yeros, Plinio el Viejo, en su *Historia Natural*, libro XXII [151-153] trata de las propiedades medicinales de los yeros, entre otras contra las heridas hechas por las serpientes y los mordiscos de cocodrilos y hombres. El yero impide extenderse las ulceraciones.¹¹ Y el alumbre solía usarse desde el mundo antiguo en la curación de las quemaduras.¹²

Cuando había fractura de huesos de cráneo, tras la limpieza de la misma, se recomendaba el uso de aceite rosado dos veces al día. Esto en las fracturas de cráneo con heridas abiertas, si eran cerradas se utilizaban estopas con sal y vino junto con un empasto molido y herbido de incienso, almastiga, laurel, bayas, cominos y matalahuga durante treinta días.¹³

⁸ El Drago, es una especie vegetal típica del clima subtropical, particularmente de las Islas Canarias, pero cuya mayor población se encuentra en el oeste de Marruecos. Sobre la «sangre de drago» ver Cabo González, Ana María. «Algunas aportaciones sobre las diferentes especies vegetales de las que se extrae la Sangre de Dragó». *Al-Andalus Magreb: estudios árabes e islámicos*, núm. 3. Cádiz: Universidad, 1995, p. 231-240.

⁹ Un estudio a largo plazo realizado por científicos rusos («Pine Resin and Biopin Ointment: Immunotoxic and Allergenic Activity». *Byulleten Biologii 'Eksperimental'noi i Meditsiny*, abril-2002, v. 133-4, p. 384-385) encontró que la resina de pino, como ingrediente activo principal en forma del unguento Biopin, inhibe los anticuerpos que se encuentran en los fluidos corporales, ayudando a la curación y previniendo la infección por estimular la inmunidad celular.

¹⁰ Venegas, Juan Manuel. *Compendio de la medicina o medicina práctica, en que se declara lacónicamente lo más útil de ella...* México: Por D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1788, p. 763.

¹¹ Segura Munguía, Santiago y Torres Ripa, Javier. *Historia de las Plantas en el mundo antiguo*. Bilbao: Universidad de Deusto; Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, p. 315-316.

¹² Segura Munguía, Santiago y Torres Ripa, Javier. *Historia de las Plantas...*, p. 403.

¹³ *Libro de la Montería que mandó escribir...*, Lib. II. Cap. III al VI, f. 18.

El incienso y la almástiga o resina de lentisco (*Pistacia lentiscus*) se usaban por sus propiedades medicinales, según la medicina de la época, para tratar las heridas.¹⁴ El laurel (*Laurus nobilis*) es un árbol originario de la zona mediterránea, cuyas hojas tienen entre otras propiedades ser antisépticas.¹⁵ El comino (*Cominum cyminum*), planta herbácea originaria de la cuenca mediterránea, se usaba con frecuencia en la Medicina medieval.¹⁶ Y el anís o matalahúga (*Pimpinella anisum*) es una hierba originaria del mediterráneo oriental y Asia sudoccidental, ha tenido numerosos usos medicinales en el pasado, además de gastronómicos.

La técnica de cura en las heridas producidas en el rostro era semejante, añadiéndole al empasto polvos de *teliarmin* (cap. VII), al igual que en el resto del cuerpo, continúa insistiendo en la limpieza de cuerpos extraños, como cabellos, la sutura, y las consiguientes sustancias, en gran parte antisépticas y cicatrizantes, junto a la protección de la herida (cap. VIII). *Teliarmin* es un arabismo que se puede traducir por «tierra de Armenia» que se solía utilizar en las heridas.¹⁷

En el caso de heridas con pérdida de tejido, que no pueden ser suturadas y necesitan curar por segunda intención, el tratamiento era con sustancias «desecantes», como el incienso y las harinas de ordio, yeros y altramuzes; el azarete y azeche quemado. Una vez molidas, hervidas y coladas con paño de lino se mezclaban con cera derretida y aceite (cap. IX), por lo que la mezcla era aséptica antes de aplicarla a la herida. Su uso permitía así la cicatrización por segunda intención. Posteriormente se usaban polvos para «encorar» o formar la piel: «Palascias, e alargues, e cortezas de mill granas, e cabeças de rosas, tanto de lo uno como de lo al, e sean molidas, e cernidas, e sean echadas en la llaga fasta que encuere»¹⁸.

El incienso es una preparación de resinas aromáticas vegetales que desde la antigüedad tenía fines curativos además de rituales. El tratamiento con harina de ordio (*Hordium vulgare* L.) aparece en diversos tratados médicos del siglo XVI.¹⁹ El altramuz (*Anagyris foetida*) es un arbusto medicinal de hoja caduca y de

¹⁴ Herrera, M^a Teresa y Sánchez, M^a Nieves –editores–. Burgos, Fray Vicente de. *Traducción de El Libro de Propietatibus Rerum de Bartolomé Anglicus*, 1494. Salamanca: Universidad, 1999, f. 98v. El lentisco es un arbusto muy extendido por toda el área mediterránea.

¹⁵ Pamplona Roger, Jorge D. *Salud por las plantas medicinales*. Madrid: Editorial Safeliz, S.L., 2006, p. 119.

¹⁶ Herrera, María Teresa (editora). [Anónimo]. *Tratado de patología*, 1500. Salamanca: Universidad, 1997, párrafo 76.

¹⁷ Maíllo Salgado, Felipe. *Los arabismos del castellano en la Baja Edad Media*. Salamanca: Universidad, 1983, p. 183.

¹⁸ *Libro de la Montería que mandó escribir...*, Lib. II. Cap. VII al IX, f. 18v-19r.

¹⁹ Herrera, María Teresa y González de Fauve, María Estela (editores). *Traducción del Tratado de cirugía de Tedrico* –Granada, 1509 f. 44r–. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1997, f. 44r; y Cam-

la zona mediterránea, con numerosas propiedades; Cobarrubias en diccionario describe diversos usos medicinales de esta planta.²⁰ El Azeche «es una tierra con que se haze la tinta, que por otro nombre llamamos tierra de Sevilla, por traerse de alla».²¹ El alarguez (*Berberis vulgaris*), también conocido como agracejo, arbusto europeo y asiático occidental con bayas de color rojo brillante, tiene diversos usos medicinales y gastronómicos. Y la milgrana, antiguamente granada, su corteza solía utilizarse como cicatrizante de úlceras, al igual que las cabezas de rosas.²²

El tratamiento de las heridas que afectan a nervios –y probablemente también tendones–, que son cortados y quedan descubiertos, era más agresivo por ser heridas más profundas, no se suturaban los nervios ni los tendones con la consiguiente afección de la sensibilidad y la motilidad de los miembros del cuerpo. Tras coser la herida y las consiguientes «estopadas» de vino encima de la misma, se recomienda el uso de aceite de oliva con el fin de calmar el dolor; además de ser tratadas con «Galvano, e alvayaque²³, e sean retidas con azeyte, e con cera», a lo que había que añadir a la disolución anterior polvos de «servion, e cortezas de acinço», y tras retirarlos del fuego añadirle «termentina». Estas sustancias eran de tradicional uso medicinal. El ungüento había que darlo una vez al día.²⁴

El galvano se definía como el zumo de una hierba llamada férula (*Ferula communis*) a la que se atribuían las diversas funciones terapéuticas; se utilizaba también en emplastos sobre las heridas por los cirujanos.²⁵ La termentina o trementina es un líquido que se obtiene de la destilación con vapor de la resina oleosa de diversas especies de coníferas y otros árboles; su uso medicinal aparece en tratados médicos.²⁶

pagne Fabián Alejandro (editor) «Traducción del Tratado de la peste de Marsilio Ficino», 1598, f. 57r. En *Corpus Médico Español*. Madison, 1997.

²⁰ Cobarrubias Orozco, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana, o española*. Madrid: por Luis Sanchez, impresor del Rey, 1611.

²¹ Cobarrubias Orozco, Sebastián de. *Tesoro...*, f. 107v.

²² *Biblioteca Clásica de la Medicina Española*. Tomo V. Madrid: Real Academia Nacional de Medicina, 1923, p. 314.

²³ Ver nota número 10.

²⁴ *Libro de la Montería que mandó escribir...*, Lib. II. Cap. X, f. 19r.

²⁵ Herrera, M^a Teresa; Nieves Sánchez, M^a (editoras). Burgos, Fray Vicente de. *Traducción de El Libro de Proprietatibus Rerum de Bartolomé Anglicus*, 1494. Salamanca: Universidad, 1999, cap. LXXVIII.

Pérez Pascual, José Ignacio (editor). Córdoba, Fernando de. *Suma de la Flor de Cirugía*, 1500. Madrid: Toxoutos, 202, p. 179-180.

²⁶ Méndez Nieto, Juan. *Discursos medicinales*, 1606-1611 (publicación editada por Ser Quijano, Gregorio del; Rodríguez San-Pedro, Luis E, Universidad de Salamanca, 1989). *Estudios y Traducción Dioscórides*. Salamanca: Universidad, 2006, p. 99.

El conocimiento anatómico también se pone de manifiesto en las heridas del vientre con eventración. En este tipo de herida se aconseja que «ante se enfrien las tripas sean tornadas a su lugar proprio», con el fin evitar la deshidratación y la posible infección. Los intestinos debían meterse poco a poco, habilitando el espacio en la cavidad abdominal para poder suturar, y en caso de ser la herida estrecha y no poder introducir los intestinos había que ensancharla un poco. Si había pasado tiempo y los intestinos estaban fríos «sean caldeadas con vino vermejo, que es lo mejor en que sea cochaflor de Mançanilla». Una vez los intestinos dentro de la cavidad se suturaba la herida «porque son tres cueros en el vientre»²⁷, que corresponden al peritoneo parietal, aponeurosis y piel. La técnica usada consistía en suturar las tres capas a la vez, pasando la aguja por cada una de ellas, alternando un borde con otro en la capa de peritoneo o «cifaque». Cada punto de sutura tenía dos nudos apretados uniendo completamente las capas, y de separación un dedo entre cada punto. Una vez suturada, la herida se trataba como el resto. El reposo era de treinta días.

Las heridas abiertas que afectaban a la integridad de los huesos requerían reintegrar el hueso a su posición y a continuación suturarlas. Después se le echaban sustancias habituales en las heridas: «Encienso, e grassa, e almagre, de cada uno quarta de onça e de sangre de Drago, ochava onça, de raça media onça. E sea todo molido, e cernido, e estos polvos echenlos en la llaga, e de suso estopadas de vino caliente según dicho es en las otras llagas». Tras el vendaje de la herida se buscaba la inmovilización del hueso, por lo que eran «puestas tablas de pino muy delgadas, e tan anchas como el pulgar tantas quantas cumplan e sean atadas con una cuerda en manera que esten bien firmes. E la primera atadura este fasta cinco dias, e despues sea desatado, en la manera que dicha es. E asi de cinco en cinco dias fasta que sea sano». Si la herida se infectaba -que sería lo más habitual- se curaba una vez al día con el siguiente unguento: «Miel quatro onça, e ançarore media onça, e sea la miel servida, e quando serviere sea ajuntado y el azarote molido, e cernido».²⁸

Cuando la fractura con herida abierta era en el brazo o la pierna había que reducirla en primer lugar por tracción con ambas manos entre dos hombres, y sin soltar la tracción colocar unas tablas atadas con cuerda de cáñamo y hacer

²⁷ *Libro de la Montería que mandó escribir...*, Lib. II. Cap. XIII, f. 19v. Los capítulos XIV y XV refieren heridas en otras partes del cuerpo con un tratamiento semejante realizadas con cuchillo y en los testículos con un tratamiento parecido al resto.

Parecido tratamiento se recomienda en el *Tratado de montería del siglo XV, manuscrito del Museo Británico, publicado y anotado por el Duque de Almazán*. Madrid: Alaba Ediciones, 1936, 1992, p. 276-277.

²⁸ *Libro de la Montería que mandó escribir...*, Lib. II. Cap. XVI, f. 20r.

una vendaje impregnado «en claras de huevos que sean mucho batidas, e espriman la un poco e pongan el cabo della sobre la quebradura». Para curar posteriormente la herida se cortaba la venda a su altura con unas tijeras, se limpiaba con paño delgado, y se trababa con un emplasto de «miel dos onças, anzarote quarta de onça, e sea molido e cernido, e sea encorporado con la miel» cada cinco días. Si había pus se curaba una vez al día. Y a partir de los quince días con «enciense, e almaciga, e nuez de acipres²⁹, de cada uno quarta de honça, de teliarmini media honça, e sean molidas e cernidas, e sean echadas en dos claras de huevos que sean mucho batidas... e despues sea echada farina de trigo...». En caso que la fractura en el brazo o pierna no fuese abierta se realizaban las mismas operaciones excepto la cura de la herida.³⁰

Las heridas por punción de algún tipo de planta solían infectarse. Su tratamiento era con «piedra çufre, e sernion» mezclado con aceite. Si el cuerpo extraño quedaba dentro, para que saliese se utilizaba un emplasto para expulsarlo a base de harina de cebada, aceite, harina de yeros y azafrán.³¹ La miel tiene propiedades antimicrobianas. El azufre, funciones desinfectantes; se aplicaba cuando los canes se hincaban en los pies plantas como la jara.

No solían suturarse «las colmilladas de los osos, y las uñadas y las estocadas de los puercos», pues la experiencia demostraba que eran heridas muy infecciosas y había que dejar drenar el pus que producían. El tratamiento consistía en «quemarse bien; lo mejor con trementina, sino la oviere, con azeyte». El efecto antiséptico de la saliva y, por consiguiente, su contribución a la curación de las heridas era conocido por los monteros, pues cuando los canes las lamían sanaban con mayor facilidad.³² En otros casos se trababan con hojas de puerros (*Allium ampeloprasum*) majadas con sal o bien, si éstos faltaban, cebolla (*Allium cepa*), a las que se le atribuyen propiedades antibióticas. Una vez curada de infección continuaba con el tratamiento empleado en heridas comunes: «çumo de llanten colado quatro honças, e de miel dos honças, sea todo encorporado en uno», dos veces al día.³³

En época de calor había que tener cuidado en proteger las heridas de las moscas que podían poner huevos en ellas. Cuando las larvas se formaban en las heridas, se aconsejaba «atapar la llaga con levadura y luego sean afogados; hoja

²⁹ Es el fruto del ciprés (*Cupressus*), utilizado desde la antigüedad como tónico circulatorio junto otras propiedades (Pamplona Roger, Jorge D. *Salud por las plantas ...*, p. 132.

³⁰ *Libro de la Montería que mandó escribir...*, Lib. II. Cap. XX y XXI, f. 20v y 21r.

³¹ *Libro de la Montería que mandó escribir...*, Lib. II. Cap. XVII, f. 20.

³² *Tratado de montería del siglo XV...* p. 275-276.

³³ *Libro de la Montería que mandó escribir...*, Lib. II. Cap. XVIII, f. 20v.

de cañamo majada, así mismo los mata, y de prisco; y la miera también; y cal biva». ³⁴ Estas sustancias tienen propiedades antisépticas o cáusticas.

De las propiedades medicinales del prisco o albrichigo (*Prunus armeniaca*) hablan diversas obras: «y poniéndolas majadas onde ay gusanos los mata como hazen las hojas del prisco y conforta el estomago». ³⁵ La miera es el aceite de enebro de miera u oxicedro (*Juniperus oxycedrus L.*), utilizado por sus propiedades medicinales. ³⁶

Los diferentes tratamientos medicinales empleados por los monteros medievales en sus canes no debieron ser muy diferentes de los utilizados en la medicina de la época. En ellos se refleja el importante conocimiento de las propiedades medicinales de muchas plantas, y físicas de diversas sustancias, además de tratamientos quirúrgicos que requieren un especial conocimiento anatómico. Los libros de montería medievales recogen una tradición médico-quirúrgica basada en la experiencia, con usos que en muchos casos ha llegado hasta la contemporaneidad.

³⁴ *Tratado de montería del siglo XV...* p. 276.

³⁵ Thomas Capuano (editor). Herrera, Gabriel Alonso de. *Obra agricultura*. Alcalá, 1513. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995, párrafo 35.

³⁶ Font Quer, Pío. *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*. Barcelona: Labor, 1992, párrafo 32.

Parte sexta que trata de las muy sabrosas y concertadas palabras que, en el transcurso de la entrevista, se cruzaron entre el preguntador y el preguntado

ANTONIO MARTOS GARCÍA



AMIGOS:

Aquella mañana, y por mor de un encuentro fortuito con antigua amistad, llegué unos minutos tarde a la reunión prevista con «el Criado Portugués».

Lo columbré a través de la penumbra, esperándome en el amplio zaguán. Sofocado, más que por la prisa, por la descortesía, apresúreme a presentarle mis disculpas por la tardanza en llegar, las que me fueron aceptadas de buen grado.

Cogido de mi brazo y mientras nos dirigíamos a la sala donde tenemos por costumbre celebrar nuestras conversaciones, me preguntó por el desarrollo de la pasada cena.

Le comenté que la Confraternidad se había enriquecido con la incorporación de dos nuevos miembros en las personas de Adelaida García Sánchez y María del Dulcenombre Jiménez Cavallé.

Ambas fueron presentadas por Ángel Viedma, quien cumplió con el encargo recibido como en él es habitual, o sea, muy bien.

De ellas, muy cualificadas en los distintos ámbitos en los que se mueven, esperamos mucho y bueno.

Fue nombrado cronista José Manuel Arias de Saavedra, a quien tan aína hubo recibido el recado de escribir, di el consejo de vivir la cena y recurrir a su memoria a la hora de redactar lo allí ocurrido.

Bien sé que pueden producirse ciertas hablillas que tengan por mendaz ésta recomendación, pero no lo hice por mancia, es que tengo por muy bien amuebladas las estancias de su magín, estando absolutamente seguro de que saldrá una magnífica crónica

Llegados a la sala y una vez acomodados, le conté que, por parte de la Presidenta de JAFARCO D^a María Jesús Oya Amate, se nos dirigió una palabras de recibimiento, cosa habitual en este tipo de actos.

Oyéndola, yo no sabría qué decir, que muchas cosas se me venían a la mente y ninguna de ellas quería subirse a las palabras. Solo puedo decir que, entreveradas, había agradecimiento, alegría por tenernos allí, todo ello dicho con un sutil punto maternal, que así de sensible me pareció el ánima que en ella habita.

Y lo hizo igual al pensamiento de san Francisco de Asís: «No hay mejor ni más deseable finura que la sencillez».

Terminó haciendo entrega a ésta Fratría, en la persona del Prioste, de una placa conmemorativa de tan gozoso evento.

A lo anterior, mi interlocutor apostilló: «A veces, lo importante de las palabras no es lo que dicen, sino como se dicen».

Se hizo un silencio que aproveché para poner a mano lo necesario para escribir y mi interlocutor traer a su memoria lo ocurrido hacía tanto tiempo.

Me dijo:

«Previo acuerdo tenido la tarde anterior, en la mañana del día siguiente nos encontrábamos recorriendo los alrededores de Sevilla.

Natura, se mostraba en todo su esplendor. En el azul del firmamento un brillante sol, vestía de plata las sosegadas aguas del Rio Grande.

Una fresca brisa, al tiempo de atemperar el calor, sacaba rumores a las hojas de la arboleda que crecía en una y otra orilla. El trinar de pájaros, zumbar de insectos y zureo de torcaces, ponía música a tan extraordinario lugar. Una alfombra de verde hierba, moteada de infinitas florecillas silvestres de distintas hechuras y colores, se alongaba hasta donde nuestra vista podía alcanzar.

No lejos de donde nos encontrábamos, había una anciana que, apoyada en un largo y nudoso garrote que le sobrepasaba, lo empleaba para, además de ayudarle a llevar sus muchos años, en rastrillar en una especie de vertedero en busca de algo que le fuera de utilidad.

Debió de encontrarlo pues agachándose, lo recogió.

Se trataba de un trozo de espejo al que limpió y vimos el brillo que desprendió al reflejarse en él el sol, pero no debió de serle de utilidad, pues volvió a arrojarlo al suelo.

Pasado un cierto tiempo y como quiera que el sol apretaba, decidimos volver a Sevilla.

Caminando sin un determinado rumbo, nos encontramos en la calle Sierpes.

Habíamos ambulado un poco trecho, cuando vimos llegar en dirección opuesta a la nuestra, a una señora que debía de pertenecer a rica familia, lo que intuimos por la riqueza de su vestimenta y el ir acompañada por dos dueñas que la seguían a muy corta distancia.

Peinaba una rubia cabellera a la que el sol sacaba dorados reflejos y que en parte tapaba con un elegante manto.

Al llegar a nuestra altura, Don Baltasar, destocándose de su amplio chambergo y doblándose por la cintura, hizo rendido saludo, correspondido por la dama en cuestión con una ligera inclinación de cerviz al tiempo que, en sus labios se dibujaba acogedora sonrisa.

Como quiera que unos pasos más allá había una taberna, propuse ir a tomar una jarra de vino al que los paisanos de Don Francisco, tan buen punto dan.

La idea fue muy bien acogida, pues el calor se hacía notar, por lo que nos encaminamos hacia allí, encargué una jarra de vino y por parte de Don Baltasar, pidió al mozo que nos atendía, le trajera recado de escribir.

Empecé llenando los cubiletes al tiempo que Don Baltasar se ponía manos a la obra.

Cuando terminó, leyó en voz alta lo escrito, provocando cierto jolgorio y recibiendo, por parte de Don Francisco, cariñosas palmadas de aprobación. Pedí permiso para copiarlo, lo que me fue concedido. Cuando hube terminado, le entregué el original a Don Francisco, pues era él quien se encargaba de conservarlo.

Tengo a mano la referida copia que, en forma de epigrama, escribió Don Baltasar y os la voy a dar a copiar por si queréis que figure en la crónica para conocimiento de aquellos que no las conozcan».

Dicho esto, mi entrevistado se levantó y dirigiéndose al aparador que tenía a sus espaldas, rebuscó en uno de los cajones y me hizo entrega de la copia de lo escrito por el autor de la «Cena Jocosa».

Dicen así:

En un muladar un día
cierta vieja sevillana,
buscando trapos y lana,
su ordinaria granjería,
por acaso vino hallarse
un pedazo de un espejo
y con un trapillo viejo
lo limpió para mirarse.
Viendo en él aquellas feas
quijadas, de desconsuelo,
dando con él en el suelo,
le dijo: maldito seas.

Tus cabellos estimados
por oro contra razón,
ya se sabe, Inés que son
de plata sobredorados.
Pues querrás que se celebre
por verdad lo que no es;
dar plata por oro Inés
Es vender gato por liebre.

Después de leído lo anterior, yo también celebré el humor con que Don Baltasar retrató tan certeramente dos hechos tan dispares.

Una vez guardada la copia que obra en su poder, mi interlocutor prosiguió:

«Durante la conversación que se inició poco después, Don Francisco nos anunció que aquella tarde volvería a celebrarse nueva reunión, a la que estábamos invitados.

También nos dijo que su discípulo Velázquez, le había solicitado permiso para entablar relaciones con su hija Antonia, a lo que había accedido, no sin antes hacerle ver que, como consecuencia del contrato que tenían suscrito, ambos vivirían bajo un mismo techo, por lo que le había encarecido tuviera muy en cuenta el honor de su hija que iba ligado al de su familia.

Comentó que había recibido toda suerte de seguridades en punto tan delicado, de lo que estaba seguro que se cumpliría.

Don Lope hizo la petición de que si Don Francisco lo tenía a bien, nos permitiera ir a su casa con tiempo suficiente de ver alguna de las obras de Velázquez y después asistir a la reunión, a lo que no encontró reparo alguno.

En vista de ello, Don Lope y yo nos fuimos a nuestra posada y Don Baltasar y Don Francisco a sus respectivos domicilios, quedando citados para vernos más tarde en casa de Don Francisco.

Una vez hubimos comido, pusimos rumbo al lugar de nuestra cita, no sin que antes Don Lope hubiera cogido algo de la arqueta en la que guardaba las joyas heredadas de sus mayores.

Personados en el domicilio de Don Francisco, presentamos nuestros respetos a su familia, haciendo entrega, por parte de Don Lope a su hija Antonia, de un collar de perlas de muy alto valor y a su prometido, de un alfiler adornado de diamantes que servía para fijar la pluma que se ponía en el chambergo. Todo ello, como muestra de alegría por su reciente noviazgo.

Ni que decir tiene, que los novios agradecieron tan ricos presentes, pasando a continuación por parte de Velázquez, a mostrarnos algunos de los cuadros, entre ellos el conocido como «el aguador de Sevilla», en el que tomó como modelo a un tipo de origen corso y que en Sevilla era conocido como el «corzo».

Por cierto que este personaje se encontraba allí y Don Lope, viendo lo desastrado de sus ropas y calzado, le entregó dinero para que lo retejara.

También pudimos admirar, entre otros, los cuadros de la «mulata», de «Cristo en casa de Marta» y el de la «vieja friendo huevos».

Escuchando aquellas explicaciones y viendo tan extraordinarias pinturas, he de confesar que sentí hacia el pintor una especie de latría que a muchos puede parecer irreverente.

Don Lope le mostró su deseo de ser retratado por tan prometedor artista, pero su situación no se lo permitía por las razones que ya conocían, a lo que Velázquez respondió que algún día y en cualquier cuadro, sería pintado por él.

Y a fe que cumplió su promesa. Pasado el tiempo y que cuando lleguemos a ello, si Dios es servido, os contaré por más menudo, nos incorporamos a los Tercios Españoles y estuvimos combatiendo en el sitio de Breda.

Y es en ese cuadro, mundialmente conocido como el de las «Las lanzas», donde Don Lope aparece junto al caballo del general Ambrosio Spínola.

Todos creen que es el autorretrato de Velázquez, pero el pintor no era amigo de figurar en sitios donde no había estado.

Tal creencia se debe al enorme parecido que existía entrambos.

En cuanto a mí, en escorzo y con abundantes patillas, aparezco sujetando el caballo del General mientras contemplo la entrega de las llaves de la plaza tomada.

Y en ésas estábamos, cuando Don Francisco avisó de que era llegada la hora de iniciar la reunión, extrañándose de que aún no hubiera llegado Don Baltasar.

Nos dirigimos a la sala donde ya había contertulios, esperando un corto espacio de tiempo a que se incorporara algún retrasado, lo que ocurrió casi de forma inmediata.

Tomó la palabra Don Gaspar de Guzmán, quien pasó a hablarnos del Rey a quien tenía por persona buena y piadosa. Enamorado de su mujer, D^a Margarita de Austria, dejó en manos de Don Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, la gobernanza del país. Este, a su vez, se dejaba gobernar por su antiguo servidor Don Rodrigo Calderón, a quien había ennoblecido con el marquesado de Siete Iglesias.

Al estar el Rey ajeno a los asuntos de Estado, se hizo general el cohecho que tanto había perseguido su padre Felipe II. La venta de cargos públicos, el nombramiento de Capellán de Honor del Rey de un sacerdote de vida licenciada y demás tropelías que Don Gaspar enumeró, hace necesario, para un mejor conocimiento de estos personajes, incluido Don Gaspar, que demos un repaso por sus vidas y milagros.

Sobre Don Francisco de Sandoval, marqués de Denia y primer duque de Lerma, he de decir que fue paje de los hijos de Felipe II y luego caballero mayor del heredero.

La reina Margarita de Austria, luchó contra su influencia, muriendo antes de ver su caída, pero sus enemigos, entre los que se encontraba su propio hijo el duque de Uceda, el padre Aliaga, confesor del Rey y Don Gaspar de Guzmán, consiguieron su caída, siendo despedido por el Rey de forma benévola dándole permiso para retirarse a Valladolid o Lerma.

Previendo su próxima desgracia, solicitó del Papa Pablo V la concesión de un capelo cardenalicio, lo que le fue concedido.

Ello alegró al pueblo, quien siempre contento y perdonador, entonó la siguiente coplilla:

Por no morir ahorcado
el mayor ladrón de España,
se vistió de colorado.

Más adelante y ya reinando Felipe IV, el conde-duque de Olivares le formó proceso y la impuso una fuerte multa. Su disgusto llegó a tal extremo, que falleció a los pocos días.

En cuanto a Don Rodrigo Calderón marqués de Siete Iglesias, al servicio del duque de Lerma, obtuvo cargos y empleos, captándose la confianza del Rey gracias a su carácter jovial.

Fue sometido a proceso, confiscados sus bienes y encerrado.

El conde-duque de Olivares que le tenía resentimiento, activó el dicho proceso condenándole a morir en el cadalso.

La arrogancia con que murió, dio origen a la frase: «más orgullo que Don Rodrigo en la horca».

Don Cristóbal de Sandoval, duque de Uceda, hijo del duque de Lerma, se inició en los asuntos de Estado de la mano de su padre.

Sin ningún tipo de escrúpulo, se unió a sus enemigos, logrando derribarle de su privanza.

Le sucedió en el favor del Rey por poco tiempo.

Absolutamente inepto, su labor en el gobierno puede calificarse de pésima y a la muerte de Felipe III, el poder pasó a manos de Don Gaspar de Guzmán por el que fue destituido y desterrado.

Pasado el tiempo, se le indultó, nombrándosele virrey de Cataluña, pero renovado el proceso, se le envió preso a Alcalá de Henares donde murió.

Don Luis Argote y Góngora, que usó en primer lugar el apellido materno, nació en Córdoba.

Eligió la carrera eclesiástica, siendo prebendado o racionero de la catedral de la ciudad de su nacimiento.

Ejerció al propio tiempo de Capellán de Honor del Rey y a él se debe la irreverente y procaz cuarteta:

A un puto, sin más ni más
prendieron por delincuente,
no por culpa del presente,
sino por culpa de atrás.

Lo que no está nada mal para clérigo que ejercía tan altos cargos.

En cuanto a Don Gaspar de Guzmán, fue nombrado gentilhombre de cámara para su hijo por Felipe III.

Al subir al trono como Felipe IV, le dio toda su confianza, concediéndole el título de conde-duque de Olivares.

Inteligente, íntegro, activo y trabajador, era por el contrario terco, colérico y desgraciado en sus planes.

Fue protector de literatos y artistas como Rojas y Velázquez.

Desencadenó guerras con Holanda, lo que trajo la independencia de las Provincias Unidas y las desastrosas de Cataluña y Portugal, con la separación de ésta última.

La influencia de la Reina, decidió su caída.»

Después de hacerme tan sucinto relato de los personajes antes citados, el «Criado Portugués» prosiguió:

«Terminada la reunión, estábamos haciendo comentarios sobre lo hablado en la misma, cuando llegó Don Baltasar.

Nos dijo que, estando en su domicilio, recibió el encargo de presentarse ante sus superiores aquella misma tarde.

Una vez personado, le indicaron que tenía que cubrir plaza de capitán de la guarda del castillo de Jaén, por lo que le encarecían se pusiera en camino a la mayor rapidez posible.

Para ello, le facilitaron carta de presentación a las distintas autoridades de las poblaciones por las que había de pasar, para que le dieran comida y alojamiento, proveyéndole en Sevilla de caballos con los que poder hacer el desplazamiento.

En vista de ello, pedía le dispensáramos por que debía irse a recibir los dichos caballos y después retirarse a descansar, toda vez que quería partir muy temprano a la mañana siguiente.

Don Francisco le pidió nos diera noticias cuanto antes, lo que él prometió hacer después de transcurrido el tiempo necesario para su toma de posesión

y hacer un recorrido extenso por la ciudad a la que había sido destinado, a fin de podernos dar detalles sobre la misma.

Nos despedimos de él con todo el afecto a que era merecedor, deseándole lo mejor y ya os contaré todo lo que sobre el Jaén de aquellos tiempos, nos relató Don Baltasar.»

Y aquí quedó interrumpida nuestra conversación pues sentimos el sonido de la campanilla que requería la presencia de mi interlocutor.

Despidiéndonos con el afecto de siempre, me encaminé a mi domicilio a fin de poner orden en mis apuntes.

Y en tanto llegaba, me di en rebinar que este país ha tenido que sufrir, a lo largo de su historia, tiempos muy recios como los calificó santa Teresa que los conoció.

Durante los reinados de Carlos I, Felipe II, III y IV, guerras continuas. Cuando no de conquista, era defendiendo lo conquistado, sin faltar las de carácter religioso, imponiendo a los demás dogmas o creencias que no compartían. Que una cosa es la fe y otra muy distinta el fanatismo.

Esto se traducía en continuas llamadas a Cortes en petición de dineros con que sostener tanto gasto militar.

Unido a lo anterior, la mala administración, el latrocinio de unos, el vivir a costa de las arcas públicas de muchos, obligaba a los más a una vida miserable.

Y sin embargo, fue en ese periodo de tiempo cuando floreció la Literatura, la Poesía, el Teatro, la Pintura y la Escultura, haciendo que aquella época fuera conocida como «el siglo de oro».

Lejos de mí el querer anublar el diáfano recuerdo de tan deleitosa cena, pero he de decir que ahora son también tiempos recios los que estamos viviendo.

Personajes huérfanos del necesario conocimiento para desempeñar el cargo que ocupan, sin otro mérito que el de pertenecer a determinado partido político, roban, malversan, prevarican y malgastan el sagrado dinero público, lo que trae consigo un solo y concreto hecho: los que tenían mucho, ahora tienen más y a los que tenían poco, los han dejado sin nada.

Pero, al igual que sucedió en los tiempos rememorados por el «Criado Portugués», también son tiempos de buenas nuevas.

La Medicina está conociendo avances prodigiosos gracias a la Genética.

Diariamente se efectúan trasplantes de órganos y nuevos fármacos curan o palian enfermedades que no ha mucho eran mortales.

La exploración del espacio está dando a conocer la formación de los cuerpos celestes y su origen.

La Informática, permite el acceso a una mayor cultura, dando lugar a una conexión mundial que hace que todos sus usuarios estén conectados con total libertad.

Y unido a esto, la Cultura, en todas sus acepciones, sigue floreciendo.

Pero ardo en deseos de que, en mi país, se cumpla el pensamiento que Don Miguel de Cervantes, nos hizo llegar por mediación del «Ingenioso Hidalgo»: «Ayude Dios con lo suyo, a cada uno, señor maese Pedro y caminemos todos con pié llano y con la intención sana.»

¿Cuándo llegará ese día?

Y la paz.